





**LA MADRE SALVAJE
Y OTROS RELATOS**



GUY DE MAUPASSANT

LA MADRE SALVAJE

y otros relatos

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ALFREDO PERCOVICH



Ediciones de la Banda Oriental

ISBN 978-9974-1-1095-3

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL
Gaboto 1582 - Tel.: 2408 3206 - Fax: 2409 8138
11.200 - Montevideo, Uruguay.
www.bandaoriental.com.uy

Carátula: Fidel Sclavo

Diseño: Silvia Shablico

Queda hecho el depósito que ordena la ley
Impreso en Uruguay - 2018

Prólogo

Discípulo dilecto de Flaubert, a Guy de Maupassant (1850-1893) le correspondió llevar al cuento francés a una perfección solo comparable, en su tesitura realista, a la que en la novela alcanzó su maestro con obras como *Madame Bovary* (1857) o *La educación sentimental* (1869). Se ha insistido mucho, un tanto equívocamente, en caracterizar al XIX como «el siglo de la novela». ¿Quién puede negarlo? Una nómina que incluye a Balzac, Stendhal, Flaubert, Zola, Dostoievski, Tolstoi, Turgueniev, Pérez Galdós, Thackeray, Scott, Dickens, Melville, H. James, Mark Twain, no deja lugar a dudas sobre la importancia que adquiere el género durante ese período. Lo cual no impide tener presente otra, si no tan densa igualmente calificada, que partiendo, por no ir más lejos, de Cervantes, puede incluir a Swift, De Foe, Fielding, Laclos, Rousseau, Goethe, para demostrar que la novela decimonónica no surge, ni mucho menos, de una especie de vacío absoluto anterior.

El cuento, como género literario autónomo, variado, con diversidad de impostaciones—que van desde el análisis psicológico hasta el episodio fragmentario centrado en una situación cargada de sugerencias que la prolongan y la enriquecen de significado— es en cambio, en buena medida, una creación del siglo XIX.

Por supuesto, el relato breve es tan viejo como la humanidad y desde sus orígenes en la conseja oral recorre todos los pueblos y civilizaciones desde las más remotas épocas. Pero durante siglos estuvo prácticamente limitado a la forma del apólogo y cuando, fundamentalmente con Boccaccio, rompe algunas de sus ataduras didácticas, no abandona en lo esencial su tipología tradicional, su carácter esencialmente anecdótico, ni su estructura derivada directamente de la narración oral.

El siglo XIX producirá en Europa y en Norteamérica una serie de escritores que, siendo maestros casi todos ellos en el relato de mediana extensión o *nouvelle*, llevarán además a un grado de perfección y de diversidad no alcanzado antes al

cuento breve, produciendo verdaderas obras maestras que a veces no tienen más de tres o cuatro páginas. En ese grupo, el nombre de Maupassant surge junto al de Chéjov y a su mismo nivel, como uno de los máximos creadores entre los que llevaron a un grado extraordinario de riqueza un género que había encontrado en Poe, en las primeras décadas del siglo, a uno de sus primeros impulsores.

La obra de Maupassant se concentra prácticamente en un período de diez años, 1880-1890, durante los cuales alterna su actividad creadora con una serie de viajes. Cerca de trescientos cuentos, seis novelas y varios libros de viaje, además de algún intento teatral, son el resultado de esa actividad. Publicados en su mayor parte en periódicos y revistas por primera vez, los cuentos fueron recogidos por su autor año a año en una serie ininterrumpida de volúmenes: 1881: *La maison Tellier*, que incluye cuentos de años anteriores. Ese año viaja a Argelia. 1882: *Mademoiselle Fifif*, y viaje a pie por Bretaña. 1883: *Contes de la bécasse* y *Une vie* (novela). 1884: *Clair de lune*, *Miss Harriet*, *Les soeurs Rondolí* y un relato de viajes: *Au soleil*. 1885: *Yvette*, *Contes du jour et de la nuit*, *Toine* y su segunda novela: *Bel-Ami*. Viaja por Italia y Sicilia. 1886: *Monsieur Parent* y *La petite Roque*. Viaje a Inglaterra. 1887: *Le Horla* y su tercera novela: *Mont-Oriol*. 1888: *Le rosier de Madam Husson*, *Pierre et Jean* (novela) y un relato de viajes: *Sur l'eau*. Viaja por Túnez. 1889: *La main gauche* y *Fort comme la mort* (novela). Segundo viaje a Italia, en su yate *Bel-Ami*. 1890: *L'inutile beauté* y *Notre coeur* (novela). Póstumamente se publicaron: *Le Père Milon* (1899), *Le colporteur* (1900), *Les dimanches d'un bourgeois de París* (1901) y *Mist* (1912), todos volúmenes de cuentos.

Esta productividad, que termina solo con la enfermedad y la muerte, tuvo una larga y paciente preparación. Hijo de un rico propietario rural ocioso y libertino y de una amiga de la infancia de Flaubert de reciente nobleza, Maupassant visita al gran novelista desde 1868 y pronto se convierte en su discípulo preferido, en una especie de hijo espiritual. «*Durante siete años hice versos, hice cuentos, hice nouvelles, hice incluso un drama detestable, de todo lo cual no quedó nada.*

El maestro lo leía todo y el domingo siguiente, durante el almuerzo, desplegaba sus críticas e inculcaba, en mí, poco a poco, dos o tres principios que son el resumen de sus pacientes enseñanzas» (Essai sur le roman).

Será precisamente *Bola de sebo, nouvelle* incluida en esta selección, la primera de sus obras que conformará plenamente al maestro: «*He releído Boule-de-Suif y sigo sosteniendo que es obra maestra. Trata de hacer una docena como esta y serás un hombre*», le dice en una carta de abril de 1880. Y en otra, a su sobrina: «*Boule-de-Suif es una obra maestra de composición, de humor y de observación*».

En las reuniones en lo de Flaubert había conocido a Zola, el líder y pontífice del naturalismo y, a principios de la década del 80, concurre a sus tertulias, en la localidad suburbana de Medan. Allí, con Paul Alexis, Henry Ceard, J.K. Huysmans, León Hennique y el dueño de casa, constituyen «el grupo de Medan» y resuelven una publicación colectiva: un volumen con seis *nouvelles* sobre un mismo tema: la guerra franco-prusiana de 1870(*). Piensan titularlo *L'invación comique*, pero finalmente saldrá como *Soirées de Médon*. Allí, a continuación de *L'attaque du moulin, nouvelle* de Zola que encabeza el volumen, se publicará *Bola de sebo* (16 de abril de 1880).

Bola de sebo proyectará a su autor directamente a la fama. Durante diez años gozará de una fortuna literaria de excepción, que se traducirá no solo en su creciente prestigio como escritor sino en el éxito económico, que le permitirá una vida de lujo, de hombre «a la moda» en el mundo de la alta sociedad. Pero ya por entonces sufre serias perturbaciones en su salud, que se remontan por lo menos al año 1877 y recrudecen en 1884. Afligido por un mal heredo-sifilítico, lo agrava aun con sus excesos, que lo llevan a caer en el mundo tenebroso de los paraísos artificiales. En 1880 la propietaria de la habitación

(*) Maupassant tenía 20 años cuando la guerra. Reclutado, se le destacó a tareas de Intendencia. No participó en ningún combate, pero conoció los horrores de una retirada en la cual no tuvo mayores sufrimientos físicos pues era buen caminador. Luego permaneció encerrado en el París sitiado. (Cfr. Albert-Marie Schmidt: *Maupassant*).

que ocupa en Chatou constata que aquello «apesta a éter». Su carácter se vuelve cada vez más difícil. Su apariencia física, robusta, de verdadero atleta, esconde una naturaleza nerviosa, frágil, delicada, a la que trata de superar por el ejercicio violento –el remo, la caza– o a través de su gusto por lo macabro y las bromas pesadas. Pero al mismo tiempo se vuelca cada vez más en una especie de culto del miedo, que, como dice Eduardo Maynial, es «uno de los índices más curiosos de la neurosis que lo roía lentamente. Tenía, por todo lo que enloquece los nervios, por todo lo que eriza la carne inquieta, extravía el cerebro y hace latir más rápido el corazón, una suerte de gusto malsano...». En sus últimos años experimenta alucinaciones visuales; cree sentir cerca de sí una presencia misteriosa y siniestra. Consciente de que está a un paso de la locura, intenta suicidarse en 1892. Internado en una casa de salud, muere el 6 de julio de 1893, sin recuperar la lucidez.

Este hombre atormentado, esta alma angustiada, produce sin embargo una obra de una claridad de estilo, de un equilibrio formal, de una riqueza de contenidos humanos, en la que solo parcialmente asomarán los reflejos de sus turbaciones, de sus miedos, de sus debilidades. Sin duda, ya se ha hablado bastante del pesimismo de esa obra, alimentado intelectualmente en su maestro Flaubert y en sus lecturas de Schopenhauer, pero expresión directa de su situación vital concreta. Su vida de sensualidad galante y egoísta, que no conoce ningún gran amor, no será por cierto una solución y tal vez contribuya, por el contrario, a ese aspecto de tristeza que, por encima de sus actitudes atrevidas o extravagantes, le reconocen sus contemporáneos: «es un fauno un poco triste» dirá Jules Lemaitre; y Flaubert lo aconseja: «Cuidese de la tristeza. Es un vicio». Pero, en sus relatos, ese pesimismo no es una simple proyección de su individualidad angustiada, sino que, como lo hace notar A. Alvernhe, «no se disocia casi nunca de un sentido profundo de la piedad, ligado al sentimiento de la irresponsabilidad trágica del hombre frente a su destino». Esa piedad se volcará en su obra hacia los humildes, los simples de espíritu, aun hacia los animales: hacia las criaturas que no

son capaces de analizar, a veces ni siquiera de expresar, su sufrimiento.

Su pesimismo se traduce, naturalmente, en sus actitudes ante la religión y la política. En este último aspecto no es hombre de izquierda ni de derecha, adopta una actitud independiente, despojada de todo prejuicio político o social, como no sea el de su desconfianza hacia la capacidad e inteligencia de los políticos, lo que lo lleva a adoptar actitudes que a veces insinúan un cierto tinte ácrata, aunque esté totalmente ajeno a cualquier postura ideológica como tal. En el aspecto religioso, es escéptico y de un marcado anticlericalismo, aunque ello no le impide ciertas preocupaciones «trascendentes», que están vinculadas a las zonas más oscuras y turbadoras de su personalidad. Filosóficamente se proclama racionalista, pero concurre a las lecciones de Charcot sobre el hipnotismo, el magnetismo y la histeria.

Si el pesimismo de Maupassant es uno de los temas más recurrentes cuando se habla de este autor, el de su claridad, el de su estilo «clásico», es otro no menos señalado. Y, junto con ese sentido de la piedad de que hablábamos, es lo que lo eleva por encima del escritor «decadente» que pudo ser y lo convierte en un formidable artista, en un vigoroso poeta-pintor de las costumbres y los hombres de su tiempo, capaz de manejar los distintos aspectos de la experiencia humana en todos sus matices –la farsa, el sarcasmo, la ironía, la piedad, la sensualidad, el pudor, la salud física, la perversión– sin abandonar en ninguno de los casos un estilo de gran simplicidad y equilibrio que, como observa A. Alvernhe, lo mantiene alejado, entre sus contemporáneos, tanto «*de los refinamientos preciosistas de la escuela decadente, del estilo artístico de los Goncourt, como de las sensiblerías de Daudet y las negligencias de Zola*».

Ya en vida de Maupassant había destacado Anatole France «*su lengua vigorosa, simple y natural*», y agregaba: «*Posee las tres cualidades del escritor francés: primero, la claridad, luego, también la claridad, y por último, la claridad. Tiene el espíritu de la medida y del orden*».

La lectura de cualquiera de sus cuentos, aun de los más atormentados, de los más macabros, de los más «turbios», impresiona por la naturalidad de su prosa. Parece que el escritor no hubiera hecho ningún esfuerzo, como si todo brotara espontáneamente de su pluma, en su expresión verbal más ajustada sin rebuscamientos innecesarios, sin palabras de más ni complicaciones de sintaxis. Pero esa lengua medida y límpida posee un extraordinario poder de sugestión que expande anchamente los límites del relato: paisajes, situaciones, caracteres, quedan iluminados, más allá del mero contexto verbal inmediato, por una zona de significados que no surge de cada palabra en particular sino del arte con que estas se estructuran en un contexto trascendente. En el prólogo a *Pierre et Jean*, el propio Maupassant citará el verso de Boileau sobre Malherbe: «*D'un mot mis a sa place enseigne le pouvoir*» («Mostró el poder de una palabra puesta en su lugar»).

En un escritor de base realista como Maupassant, esto se logra cuando se habla de cosas de las que se está impregnado, paisanos, pescadores, granjeros, pequeñoburgueses, periodistas, prostitutas, hombres y mujeres de mundo, llegan a su obra a través de un conocimiento directo, enriquecido por un fabuloso don de observación. En este sentido, pese a sus contactos con Zola, Maupassant no encuadra dentro de las premisas de su escuela; no utiliza la «ficha» naturalista, ni comparte la fe incondicional en el progreso científico, ni escribe jamás para justificar una teoría. Trata sencillamente de no apartarse de «la simple verdad» («*l'humble vérité*»), frase que pone como epígrafe de su novela *Une vie* (1883), y en 1882, en una polémica con Alberto Wolff, decía: «*Si, como parece, abusamos hoy del microscopio, y estudiamos siempre el mismo insecto humano, tanto peor para nosotros. Es que somos impotentes para más amplias empresas [...]. Hoy nos reímos de los cantores de lo color de rosa, y hemos comprendido que todos los actos de la vida, que las cosas todas ofrecen un interés igual en el arte; pero, desde que se descubrió esta verdad, los escritores, por espíritu de reacción, parecen haberse obstinado en no pintar sino lo contrario de todo lo que antes se había glorificado [...]*»

Para desembarazarse de prejuicios literarios precisamente, se han entregado a la tarea de crear otros prejuicios contrarios a los existentes».

El lector se encontrará pues, seis cuentos de gran diversidad temática y formal: extensos o muy breves, de estructura dramática con abundantes diálogos, o esencialmente narrativos, autobiográficos o impersonales, líricos o casi farsescos, pero en todos los casos con una excepcional claridad de intención, una compenetración total de fondo y forma. Una lucidez que no desaparece ni aun en los temas que por su especial significación estarán ligados a las turbaciones, a los miedos y, finalmente, a la locura de su autor. Lo que puede explicar la aparente paradoja de Jules Lemaitre, cuando afirma que ve, en este hombre atormentado que vivió en un proceso de lenta autodestrucción, «una especie de clásico primitivo surgido en una época de literatura envejecida, decrépita y atormentada».

(La presente introducción se realizó en base al prólogo de Heber Raviolo a la edición *La madre salvaje y otros relatos*, Colección Lectores de Banda Oriental, Primera serie, N° 7).



Bola de sebo

Durante varios días seguidos, jirones de ejército en retirada habían atravesado la ciudad. No eran una tropa, en absoluto, sino hordas en desbandada. Los hombres tenían la barba larga y sucia, los uniformes en harapos, y avanzaban con aire desganado, sin bandera, sin formación. Todos parecían agobiados: deslomados, incapaces de pensar o de adoptar una resolución, caminando solamente por costumbre y cayéndose de fatiga tan pronto como se detenían. Se trataba, sobre todo de movilizados, gentes pacíficas, tranquilos rentistas, doblados bajo el peso del fusil; vivaces pueblerinos, fáciles de asustar y siempre proclives al entusiasmo, dispuestos tanto a atacar como a huir; y además, entre ellos, algunos bombachas rojas^(*), restos de una división despedazada en una gran batalla; sombríos artilleros alineados junto a aquella soldadesca heterogénea y, a veces, se veía el brillante casco de algún dragón, forzado a caminar, que seguía con dificultad la marcha más ágil de los infantes de línea.

Legiones de francotiradores con nombres heroicos: «Los Vengadores de la Derrota», «Los Ciudadanos de la Tumba», «Los Compañeros de la Muerte» pasaban, a su vez, con aspecto de salteadores. Sus jefes, antiguos comerciantes en telas o granos, extraticantes de grasa o jabón, guerreros de circunstancia nombrados oficiales por su prestigio o por el largo de sus bigotes, cubiertos de armas, franela y galones, hablaban con voz altisonante, discutiendo planes de campaña, y aparentaban sostener, ellos solos, sobre sus hombros de fanfarrones a la agonizante Francia; aunque tal vez dudaban

(*) «Bombachas rojas o calzones rojos»: nombre que daban en Francia a los soldados regulares o profesionales.

de sus propios soldados, pillastres a menudo violentos en exceso, ladrones e indisciplinados.

Se decía que los prusianos entrarían en Rouen.

La guardia nacional que, desde hacía dos meses, efectuaba reconocimientos muy prudentes en los bosques vecinos, disparando, a menudo, sobre sus propios centinelas y preparándose a combatir no bien un conejillo se movía entre las malezas, había regresado a sus cuarteles. Su armamento, sus uniformes, todo su mortífero aparato, con el cual, hacía poco, sembrara la conmoción a lo largo de las rutas nacionales en tres leguas a la redonda, había desaparecido súbitamente.

Finalmente, los últimos soldados franceses habían terminado de cruzar el Sena para alcanzar Pont-Audemer por Saint-Sever y Bourg Achard; y, marchando en último lugar, el general, desesperado, que no podía intentar nada con aquellos dispersos restos, extraviado él mismo en el gran desastre de un pueblo acostumbrado a vencer y, ahora, desastrosamente batido a pesar de su coraje legendario, iba a pie, entre dos oficiales asistentes.

Luego, una profunda calma, una espera silenciosa y llena de temor habíase extendido sobre la ciudad. Muchos burgueses barrigones, obsesionados por el comercio, esperaban con ansiedad a los vencedores, temblando, temerosos de que fuesen a considerar armas sus pinchos para asar o sus cuchillas de cocina.

La vida parecía haberse detenido; las tiendas estaban cerradas, la calle muda. De tanto en tanto, un habitante, intimidado por ese silencio, se escurría rápidamente junto a las paredes.

La angustia de la espera hacía desear la llegada del enemigo.

Por la tarde del día siguiente a la partida de las tropas francesas, algunos soldados de caballería alemanes, surgidos no se sabía de dónde, atravesaron la ciudad con rapidez. Después, algo más tarde, una masa negra descendió del lado de Sainte-Catherine, mientras otras oleadas de invasores aparecieron por los caminos de Darmetal y de Bois-Guillaume. Las

vanguardias de tres cuerpos de tropa se reunieron exactamente a un mismo tiempo, en la plaza del hotel de la ciudad; y, por todas las calles vecinas, llegó el ejército alemán, desplegando sus batallones que hacían resonar el empedrado bajo su paso duro y rítmico.

Órdenes, gritadas en un idioma desconocido y gutural, se expandían entre las casas que parecían muertas y desiertas, mientras, tras las cerradas persianas, los ojos atisbaban a aquellos hombres victoriosos, dueños de la ciudad, de sus fortunas y de sus vidas, por «el derecho de la guerra». Los habitantes, en la penumbra de sus aposentos, experimentaban el desconcierto que producen los cataclismos, las grandes conmociones mortíferas de la tierra, contra las cuales toda prudencia y valor resultan inútiles. Idéntica sensación reaparece cada vez que el orden establecido de las cosas es trastocado, que la seguridad deja de existir, que todo lo que es protegido por las leyes de los hombres o de la naturaleza se encuentra a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. El temblor de tierra que sepulta a un pueblo entero bajo las casas que se hundén, el río desbordado que arrastra campesinos ahogados junto a cadáveres de bueyes y vigas arrancadas a los techos, o los gloriosos ejércitos que masacran a los que se defienden, llevan prisioneros a los restantes, roban en nombre de la espada y dan gracias a algún dios al resonar del cañón, son de los tantos espantosos flagelos que abaten toda creencia en la justicia eterna, todo lo que se ha aprendido sobre la confianza en la protección celestial y la razón humana.

Pequeños destacamentos golpeaban en cada puerta para desaparecer enseguida en el interior de las casas. Era la ocupación después de la invasión. Comenzaba la obligación, para los vencidos, de mostrarse amables con los vencedores.

Al cabo de algún tiempo, una vez desaparecido el primer momento de terror, se produjo una nueva calma. En muchos hogares, un oficial prusiano comía a la mesa. A veces, era bien educado y, por delicadeza, compadecía a Francia y declaraba su repugnancia por tener que tomar parte en esta guerra. Se le agradecía tal actitud, pues en cualquier momento podía ser

necesaria su protección. Dándole hospedaje tal vez evitarían tener que alimentar algunos hombres más. ¿Y para qué atacar a alguien de quien se dependía completamente? Actuar de tal manera sería más temeridad que valentía. Y la temeridad no es ya un defecto de los burgueses de Rouen, como en los tiempos de las defensas heroicas que hicieron proverbial a su ciudad. Se decían a sí mismos, por fin, como argumento definitivo, extraído de la educación francesa, que les estaba totalmente permitido ser atentos con el soldado extranjero en la intimidad, siempre y cuando no mostraran su familiaridad en público. Afuera dejaban de conocerse, pero en casa bromeaban de buena gana y el alemán permanecía más tiempo, cada velada, al calor del hogar compartido.

La propia ciudad retomaba, poco a poco, su aspecto ordinario. Los franceses aún no salían a menudo, pero los soldados prusianos hormigueaban por las calles; por otra parte, los oficiales húsares de azul, que arrastraban sobre el pavimento, con arrogancia, sus grandes máquinas de muerte no parecían tener hacia los simples ciudadanos mucho mayor desprecio que el ya mostrado por los oficiales de cazadores que, el año anterior, bebían en esos mismos cafés.

Había, sin embargo, algo en el aire, algo sutil e indefinido, una intolerable atmósfera extranjera que se esparcía como un olor, el olor de la invasión. Llenaba las habitaciones y los sitios públicos, transformaba el gusto de los alimentos, produciendo la impresión de que uno estaba de viaje, muy lejos, entre tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban siempre; eran lo bastante ricos. Pero cuanto más opulento es un negociante normando, más sufre por cualquier desprendimiento, por cualquier porción de su fortuna que ve pasar a manos de otro.

Entretanto, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río hacia Croisset, Dieppe-Dalle o Biessart, marineros y pescadores sacaban, a menudo, del fondo del agua algún cadáver de alemán hinchado dentro de su uniforme, muerto de una cuchillada o de un golpe, la cabeza destrozada por

una piedra o arrojado al agua de un empujón desde lo alto del puente. Las ondas del río sepultaban esas venganzas, oscuras, salvajes y legítimas, heroísmos ignorados; ataques silenciosos, más arriesgados que las batallas realizadas a plena luz, y sin el resonar de la gloria.

Pues el odio por el extranjero siempre da armas a algunos intrépidos dispuestos a morir por una idea.

Finalmente, como los invasores, si bien sometían la ciudad a su inflexible disciplina, no habían llevado a cabo ninguno de los horrores que, según su fama, cometían a lo largo de toda su marcha triunfal, la gente se animaba y el deseo de hacer negocios acicateaba nuevamente a los corazones de los comerciantes de la región. Algunos de ellos poseían grandes intereses establecidos en El Havre, ocupado por el ejército francés, y querían hacer el intento de llegar a aquel puerto dirigiéndose por tierra a Dieppe, donde se embarcarían.

Se utilizó la influencia de los oficiales alemanes con los cuales se había entablado amistad y se obtuvo una autorización de salida por parte del general en jefe.

Así pues, reservada una gran diligencia de cuatro caballos para el viaje e inscriptas diez personas en casa del cochero, se resolvió partir un martes por la mañana, antes de amanecer, para evitar cualquier aglomeración.

Hacía poco que la helada había ya endurecido la tierra y el lunes, hacia las tres, grandes nubes negras que llegaban del norte trajeron nieve, la cual cayó sin interrupción durante toda la tarde y la noche.

A las cuatro y media de la mañana, los viajeros se reunieron en el patio del Hotel de Normandía, donde debían abordar el coche...

Estaban aún llenos de sueño y tiritaban debajo de sus abrigos. Se veían poco en la oscuridad y el montón de pesadas ropas de invierno producía la impresión de que todos esos cuerpos eran obesos curas con sus largas sotanas. No obstante dos hombres se reconocieron, un tercero se les aproximó, y entablaron conversación:

–Llevo a mi mujer –dijo uno.

—Igual que yo.

—Yo también.

El primero, agregó:

—No regresaremos a Rouen, y si los prusianos se acercan a El Havre nos iremos a Inglaterra.

Todos tenían iguales proyectos y eran de complejión similar.

Mientras tanto, no enganchaban el carruaje. De cuando en cuando, una linterna pequeña, que llevaba un mayordomo de cuadra, emergía de una puerta oscura para desaparecer, inmediatamente, por otra. Las patas de los caballos golpeaban y una voz de hombre que hablaba a los animales e insultaba, se escuchaba al fondo del edificio. Un leve rumor de cascabeles anunció que los arneses estaban siendo colocados; dicho rumor se transformó enseguida en una vibración fuerte y continua, que se hacía rítmica al moverse el animal; a veces se detenía, para reiniciarse con una brusca sacudida acompañada del ruido opaco de un casco herrado que pegaba contra el suelo.

Repentinamente, la puerta se cerró. Cesaron todos los ruidos. Los congelados burgueses se habían callado y permanecían inmóviles y rígidos.

Una cortina ininterrumpida de copos blancos brillaba incesantemente en su caída hacia la tierra; borraba los contornos, recubría los objetos con una espuma de hielo; y, en el gran silencio de la ciudad en calma amortajada bajo el invierno, no se escuchaba sino ese leve frotamiento, indescriptible y flotante, de la nieve que cae, lo que parecía más una sensación que un ruido, un entremezclarse de ingrátidos átomos que llenaran el espacio cubriendo al mundo.

El hombre reapareció con su farol, llevando en el extremo de una cuerda un caballo triste que no venía a gusto. Lo colocó contra el pértigo, ajustó los tiros, dio vueltas a su alrededor durante un buen rato para asegurar los arneses pues no podía utilizar más que una mano, ya que en la otra llevaba la luz. Mientras iba en busca de la segunda bestia, percibió a todos aquellos viajeros inmóviles, ya blancos de nieve, y les dijo:

—¿Por qué no suben al coche? Así, al menos, estarán al abrigo.

No habían pensado en ello, sin duda, y se precipitaron dentro. Los tres hombres instalaron a sus esposas en la parte de atrás y subieron enseguida; luego, las demás formas confusas y veladas ocuparon a su vez los lugares que quedaban, sin intercambiar una palabra.

El piso estaba cubierto de paja en la que se hundían los pies. Las señoras del fondo, que habían traído pequeños calentadores de cobre con carbón químico, encendieron tales artefactos y, durante algún tiempo, estuvieron enumerando en voz baja sus ventajas, repitiendo cosas que ya sabían desde hacía mucho.

Por fin, una vez que la diligencia estuvo enganchada, con seis caballos en lugar de cuatro por la tracción más difícil, una voz preguntó desde afuera:

—¿Subió todo el mundo?

Una voz respondió, desde el interior:

—Sí.

Partieron.

El coche avanzaba lentamente, lentamente, a trancos muy cortos. Las ruedas se hundían en la nieve; la caja entera se quejaba con crujidos sordos; los animales resbalaban, resoplaban, echaban vapor; y el gigantesco látigo del cochero estallaba sin descanso, revoloteaba por todas partes, anudándose y desenrosándose como una delgada serpiente azotando bruscamente alguna grupa que se ablandaba y que, entonces, se tensaba nuevamente bajo el renovado esfuerzo.

Mas el día crecía en forma imperceptible. Aquellos ligeros copos que un viajero, rouenés de pura sangre, había comparado con una lluvia de algodón, ya no caían. Una sucia luminosidad se filtraba a través de gruesos nubarrones oscuros y pesados que hacían más deslumbrante la blancura de la campiña, en la cual aparecía, ya una hilera de grandes árboles vestidos de escarcha, ya una choza con un capuchón de nieve.

En el coche, todos se miraban con curiosidad, en la triste claridad de esta aurora.

Bien al fondo, en los mejores lugares, dormitaban, el uno frente al otro, el señor y la señora Loiseau, comerciantes en vino al por mayor de la calle Grand-Pont.

Antiguo empleado de un patrón arruinado en el negocio, Loiseau había comprado la bodega y hecho fortuna. Vendía muy barato a los taberneros de campaña un vino muy malo y, entre sus amigos y conocidos era considerado un bribón astuto, un auténtico normando, lleno de mañas y de jovialidad.

Su reputación de tramposo se hallaba tan bien asentada que, cierta noche, en la prefectura, el señor Tournel, autor de fábulas y canciones de espíritu mordaz y refinado, toda una gloria local, propuso a las damas a las que notaba algo somnolientas, realizar una partida de «Loiseau vole»^(*) (vuela el pájaro) y la propia frase voló a través de los salones del prefecto y luego por los de toda la ciudad haciendo reír, durante un mes, a todas las mandíbulas de la provincia.

Loiseau era, además, célebre por sus bromas de toda clase, sus ocurrencias buenas o malas; nadie podía hablar de él sin agregar inmediatamente:

—Es impagable, ese Loiseau.

De exigua talla, exhibía un vientre como un globo sobre el cual se veía una cara rojiza entre dos patillas algo canas.

Su mujer, grande, fuerte, resuelta, con la voz altisonante y rápida de decisiones, era el orden y la aritmética de la firma comercial, que él animaba con su alegre actividad.

Junto a ellos, se situaba, con mayor dignidad, como quien pertenece a una casta superior, el señor Carré-Lamadon, respetable caballero dedicado al algodón, propietario de tres hilanderías, oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo General. Durante todo el Imperio, había permanecido como jefe de la oposición complaciente, solo para obtener ventajas de su apoyo al gobierno, al que combatía con armas corteses,

(*) Maupassant usa aquí un clásico *calambour* o juego de palabras francés. El juego «el pájaro vuela» es una especie de escondite de un objeto que debe ser hallado por los presentes, pero su nombre en francés, *L'oiseau vole* se pronuncia igual que la frase *Loiseau vole* (Loiseau roba).

según su propia expresión. La señora Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, constituía el consuelo de los oficiales de buena familia enviados en servicio a Rouen.

Ella estaba frente a su esposo, pequeña, mimosa, bonita, hecha un ovillo dentro de sus pieles, y observaba, con mirada desconsolada, el lamentable interior del coche.

Sus vecinos, el conde y la condesa Hubert de Bréville, esgrimían uno de los apellidos más antiguos y nobles de Normandía. El conde, viejo gentilhombre de gran apostura, se empeñaba en acentuar, por medio de su artificiosa vestimenta, su parecido natural con el rey Enrique IV, quien, según una tradición gloriosa para la familia, había dejado gruesa a una dama de Bréville cuyo marido, gracias a ello, se había transformado en conde y gobernador de provincia.

Colega del señor Carré-Lamadon en el Consejo General, el conde Hubert era representante del partido de Orleans en el departamento. La historia de su casamiento con la hija de un pequeño armador de Nantes siempre había permanecido en el misterio. Pero como la condesa tenía gran clase, recibía mejor que nadie y hasta se decía que había sido amada por uno de los hijos de Luis Felipe, era festejada por toda la nobleza y su salón tenía el prestigio de ser el mejor de la región, el único donde se conservaba la antigua galantería y en el cual era difícil entrar.

La fortuna de los Bréville, toda en bienes raíces, producía, según se afirmaba, quinientas mil libras de renta.

Estas seis personas ocupaban el fondo del vehículo; eran la parte rentista de la sociedad, serena y sólida, personas honestas y confiables que tenían religión y principios.

Por extraño azar, todas las mujeres se encontraban en el mismo asiento; y la condesa tenía también como vecinas a dos buenas religiosas que desgranaban largos rosarios musitando los Pater y las Ave. Una de ellas era vieja y con una cara llena de pozos de viruela, como si hubiese recibido un disparo de metralla en pleno rostro. La otra muy endeble, poseía una cabeza bonita y enfermiza, sobre un busto de tísica corroído por esa fe devoradora propia de los mártires y los iluminados.

Frente a las religiosas, un hombre y una mujer atraían las miradas de todos.

El hombre, muy conocido, era Cornudet el demócrata, terror de las personas respetables. Desde hacía veinte años mojaba su gran barba roja en los balones de cerveza de todos los cafés democráticos. Con sus hermanos y amigos se había devorado una fortuna, bastante considerable, heredada de su padre, antiguo confitero, y aguardaba con impaciencia la República para conseguir, por fin, el puesto que merecía en virtud de tantas consumiciones revolucionarias. El cuatro de setiembre^(*), tal vez como resultado de una broma, él creyó que le habían nombrado prefecto, pero cuando quiso tomar posesión del cargo los conserjes de la oficina, que habían quedado como únicos dueños del lugar, rehusaron reconocerlo, lo cual le obligó a emprender la retirada. Era, por otra parte, muy buen tipo, inofensivo y servicial, y se había dedicado, con incomparable ardor, a organizar la defensa. Había hecho cavar pozos en los llanos, ocultándolos con árboles pequeños que hizo cortar en los bosques vecinos, sembrando así de trampas todos los caminos y, al acercarse el enemigo, satisfecho con los preparativos, habíase replegado rápidamente a la ciudad. Actualmente, pensaba ser de mayor utilidad en El Havre, donde nuevas trincheras serían necesarias.

La mujer, una de esas a las que llaman galantes, era célebre por su gordura precoz que le había valido el apodo de *Bola de sebo*. Pequeña, redonda por todas partes, grasosa como un tocino, con dedos inflados y estrechos en las falanges, semejantes a una sarta de pequeñas salchichas; con una piel lustrosa y tensa, un pecho enorme que sobresalía bajo su vestido, se conservaba, no obstante, apetecible y atractiva gracias a su frescura agradable de contemplar. Su rostro era una roja manzana, un pimpollo de peonía pronto a florecer; y, en lo profundo se abrían, arriba, dos magníficos ojos negros sombreados por grandes cejas espesas que los oscurecían

(*) El 4 de setiembre de 1870 fue proclamada la Tercera República en Francia, al caer Napoleón III como consecuencia de la invasión prusiana.

y debajo, una boca encantadora, estrecha, húmeda para los besos, adornada por diente-cillos brillantes y microscópicos.

Además, se decía que poseía abundancia de cualidades inapreciables.

No bien fue reconocida, los cuchicheos corrieron entre las señoras honestas y palabras tales como «prostituta» y «vergüenza pública» fueron murmuradas tan claramente que ella levantó la cabeza. Paseó, entonces, sobre sus vecinos una mirada tan provocativa y atrevida que, inmediatamente, se hizo un gran silencio y todo el mundo bajó los ojos, con excepción de Loiseau, quien la acechaba con aire socarrón.

Pero pronto la conversación se reinició entre las tres señoras, a quienes la presencia de la muchacha, había vuelto súbitamente amigas, casi íntimas. Se sentían obligadas a levantar el pabellón de su dignidad de esposas ante esta vendida sin vergüenza; pues el amor legal siempre mira desde arriba a su libre cofrade. También los tres hombres, unidos por un común instinto de conservadores ante la vista de Cornudet, hablaban de dinero con cierto tono desdeñoso de los pobres. El conde Hubert se refería a los estragos que le habían causado los prusianos, a las pérdidas ocasionadas por el ganado robado y las cosechas perdidas, y afirmaba, con la seguridad de un gran señor diez veces millonario, que tales calamidades le costarían apenas la renta de un año. El señor Carré-Lamadon, con sólida experiencia en la industria algodonera, había tenido la precaución de enviar seiscientos mil francos a Inglaterra, una nadería de la que podría echar mano en cualquier momento. Respecto a Loiseau, se las había ingeniado para venderle a la Intendencia francesa todos los vinos comunes que le quedaban en los toneles, por lo cual el Estado le debía una suma enorme, la que esperaba cobrar en El Havre.

Los tres intercambiaban miradas breves y amistosas. Si bien de condición diferente, se sentían hermanos por el dinero, integrantes de la gran franco-masonería de aquellos que eran propietarios, que hacían sonar el oro al meter la mano en el bolsillo de sus pantalones.

El coche marchaba tan lentamente que a las diez de la mañana no había recorrido cuatro leguas. Los hombres habían descendido tres veces para subir las cuestas a pie. Comenzaban a inquietarse pues debían almorzar en Tôtes y, ahora, no tenían la esperanza de llegar antes de la noche. Todos escudriñaban tratando de descubrir alguna taberna sobre el camino, en momentos que la diligencia se hundió en un amontonamiento de nieve y fueron necesarias dos horas para liberarla.

El hambre aumentaba e inquietaba los ánimos, y no se divisaba ninguna hostería ni vendedor de vinos alguno; la llegada de los prusianos y el pasaje de las hambrientas tropas francesas habían acobardado a todos los comerciantes.

Los hombres fueron por provisiones a las granjas que se hallaban sobre el camino, pero no encontraron siquiera pan, pues los desconfiados campesinos escondían sus reservas por miedo a ser robados por los soldados que, sin nada que echar al buche, tomaban a la fuerza cuanto descubrían.

Hacia la una de la tarde, Loiseau anunció que, sinceramente, sentía un enorme vacío en su estómago. Todo el mundo sentía lo mismo desde hacía rato, y la violenta necesidad de comer, que aumentaba constantemente, había matado las conversaciones.

De vez en cuando alguien bostezaba, casi enseguida otro le imitaba y cada uno, de acuerdo a su papel, según su carácter y su estilo y posición social, abría la boca estrepitosamente o con delicadeza, tapando rápidamente con su mano el agujero abierto del que salía un vaho.

Bola de sebo se inclinó varias veces como si buscara algo debajo de sus enaguas. Dudó unos segundos, miró a sus vecinas, luego se enderezó tranquilamente. Los rostros se veían pálidos y crispados. Loiseau afirmó que pagaría mil francos por un jamoncito. Su mujer hizo un gesto como para protestar, luego se calmó. Sufría siempre que oía hablar de dinero derrochado y no aceptaba ni siquiera las bromas al respecto.

—Lo cierto es que no me siento bien —dijo el conde—, ¿cómo no se me ocurrió traer provisiones?

Todos se hacían el mismo reproche.

Entretanto, Cornudet, que tenía una cantimplora llena de ron, la ofreció a todos. Se le rechazó fríamente. Solo Loiseau aceptó dos gotas y le agradeció, mientras devolvía la cantimplora:

—Está bueno, después de todo. Da calor al estómago y engaña el apetito.

El alcohol lo puso de buen humor y propuso hacer como en el pequeño barco de la canción: comerse al más gordo de los viajeros. Esta alusión indirecta a *Bola de sebo* chocó a las personas bien educadas. Nadie contestó; solo Cornudet esbozó una sonrisa. Las dos hermanas habían dejado de susurrar el rosario y, con las manos metidas en sus mangas, permanecían inmóviles, con los ojos obstinadamente bajos, ofreciendo al cielo, sin duda, el sufrimiento que les enviaba.

Por fin, a las tres, y al hallarse en medio de una planicie interminable sin un solo villorio a la vista, *Bola de sebo*, agachándose decididamente, extrajo de abajo del asiento una gran cesta cubierta por una servilleta blanca.

En primer lugar, tomó un pequeño plato de loza, un cuenco de plata fina y luego una amplia asadera en la cual se veían dos pollos enteros, totalmente cortados y confitados bajo un glaceado; y aún se vislumbraban más exquisiteces envueltas en la cesta, masas, frutas, golosinas, provisiones preparadas para un viaje de tres días sin depender de la cocina de las posadas. Cuatro golletes de botellas emergían entre los paquetes de alimentos. Ella tomó un ala de pollo y delicadamente se puso a comer con uno de esos panecillos que en Normandía llaman «Regencia».

Todas las miradas convergían hacia ella. Poco a poco, el olor se expandía dilatando las narices, llenando las bocas de abundante saliva y provocando dolorosas contracciones de las mandíbulas bajo las orejas. El desprecio de las damas por la muchacha se había vuelto feroz, algo así como un ansia de matarla o de arrojarla afuera del coche, sobre la nieve, a ella, su cuenco, su cesta y sus provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos la asadera de los pollos. Dijo:

—Felizmente la señora fue más precavida que nosotros. Hay personas que siempre saben pensar en todo.

Ella levantó su cabeza hacia él:

—¿Si el señor desea? Es molesto estar sin almorzar a esta hora.

Él exclamó, entusiasta:

—Por Dios, francamente, no voy a negarme; ya no puedo más. A la ocasión la pintan calva ¿no es verdad, señora? —y arrojando una mirada a su alrededor, agregó:

—En momentos como este es un placer encontrar personas gentiles.

Tenía un diario que extendió para no manchar sus pantalones, con la punta de un cuchillo que siempre llevaba en el bolsillo, levantó un muslo bien recubierto de glaceado, le hincó los dientes y luego comenzó a comer tan complacido, que en todo el carruaje se produjo un gran suspiro de angustia.

Pero *Bola de sebo*, con voz humilde y dulce, propuso a las hermanas compartir su colación. Ambas aceptaron, instantáneamente y, sin levantar los ojos, se pusieron a comer muy rápido después de haber balbuceado un agradecimiento. Tampoco Cornudet rehusó el ofrecimiento de su vecina y, con las religiosas, se formó una especie de mesa desplegando diarios sobre las rodillas.

Las bocas se abrían y cerraban sin cesar, tragaban, masticaban, engullían con ferocidad. Loiseau, en su rincón, trabajaba activamente, y en voz baja, insinuaba a su mujer que le imitase. Ella se resistió durante largo rato; al fin, después de un crispamiento que le recorrió las entrañas, cedió. Entonces su marido, redondeando su frase, preguntó a su «encantadora compañera de viaje» si le permitía ofrecerle un pequeño trozo a la señora Loiseau. Ella respondió:

—Pero, claro, naturalmente, señor —y con una sonrisa amable, extendió la asadera.

Cierto nerviosismo se produjo al descorcharse la primera botella de vino Bordeaux: había un solo cuenco. Lo pasaron del uno al otro después de haberlo enjuagado. Solo Cornudet,

por galantería, sin duda, puso sus labios en el lugar húmedo aún por los labios de su vecina.

Mientras tanto, rodeados de gente que comía, sofocados por los aromas de los alimentos, el conde y la condesa de Bréville, así como el señor y la señora Carré-Lamadon, sufrían ese odioso suplicio que ha conservado el nombre de Tántalo. De repente, la joven esposa del fabricante lanzó un suspiro que hizo volver las cabezas; estaba tan blanca como la nieve de afuera; sus ojos se cerraron y su frente cayó: había perdido el conocimiento. Su marido, sobreexcitado, imploraba ayuda a todo el mundo. Nadie sabía qué hacer, hasta que la mayor de las hermanas, sujetando la cabeza de la desmayada, deslizó entre sus labios el cuenco de *Bola de sebo* y le hizo beber algunas gotas de vino. La bonita dama reaccionó, abrió los ojos, sonrió, y anunció, con voz desvaída, que ahora se sentía mucho mejor. Pero, para que aquello no se fuese a repetir, la religiosa la obligó a beber todo un vaso de Bordeaux, agregando:

–No es más que hambre—. Entonces, *Bola de sebo*, sonrojada y nerviosa, balbuceó, mirando a los cuatro viajeros en ayunas:

–Dios mío, yo me atrevería a ofrecerles a esos caballeros y a esas damas... –se interrumpió, temerosa de provocar una tempestad.

Loiseau tomó la palabra:

–Ah, caray, en estos casos todo el mundo es hermano y debe ayudarse. ¡Vamos, señoras, nada de ceremonias y acepten, qué demonios! ¿Acaso sabemos si encontraremos siquiera una casa en la que pasar la noche? Al paso que vamos no estaremos en Tôtes antes de mañana al mediodía,

Dudaron. Ninguno osaba asumir la responsabilidad del «sí».

Pero el conde zanjó la cuestión. Volviéndose hacia la rolliza muchacha intimidada, y adoptando su imponente aire de gentilhomme, le dijo:

–Aceptamos con verdadero reconocimiento, señora.

Solo el primer paso era difícil. Una vez cruzado el Rubicón, se lanzaron decididamente. La cesta fue vaciada. Aún

quedaba en ella un paté de hígado, un paté de alondra, un trozo de lengua ahumada, peras abrillantadas, un dulce seco de Pont-l'Évêque, algunos pastelillos y un frasco lleno de pepinillos y cebollas en vinagre; *Bola de sebo*, como todas las mujeres, adoraba los picantes.

No podían comerse las provisiones de esta muchacha sin hablarle. Por lo tanto, se charló; con reservas al principio, luego, como ella se comportaba muy adecuadamente, se distendieron más. Las señoras de Bréville y Carré-Lamadon, que poseían una gran clase, se mostraron agradables con delicadeza. La condesa, especialmente, exhibió esa condescendencia amable de las damas de alta nobleza a las que ningún tipo de contacto puede manchar, y estuvo encantadora. Pero la severa señora Loiseau, que tenía un alma de gendarme, permanecía áspera hablando poco y comiendo mucho.

Se conversó de la guerra, como era lógico. Se contaron hechos horribles de los prusianos, actos de bravura de los franceses; y todas aquellas personas, que huían, rindieron homenaje al coraje de los otros. Las historias personales comenzaron muy pronto y *Bola de sebo* narró con una auténtica emoción, con esa calidez de palabra que, a veces, poseen las muchachas para expresar sus experiencias reales, cómo había abandonado Rouen.

—Al principio creí que podía quedarme. Tenía mi casa llena de provisiones y prefería tener que alimentar algunos soldados que expatriarme vaya a saber adónde. ¡Pero cuando vi a esos prusianos, fue más fuerte que yo! Me revolvíeron la sangre de rabia; y lloré de vergüenza todo el día. ¡Ah, si hubiera sido un hombre, vamos! Los miraba desde mi ventana a esos puercos gordos, con sus cascos en punta, y mi muca-ma me sujetaba las manos para impedir que les arrojara mis muebles sobre las espaldas. Después vino uno a alojarse en mi casa y entonces, le salté a la garganta de entrada. ¡No son más difíciles de estrangular que cualquier otro! Y lo habría ultimado a ese, si no me hubiesen sacado de los cabellos. Tuve que esconderme después de eso. En fin, cuando hallé la ocasión me fui, y aquí estoy.

Fue muy felicitada. Crecía en el aprecio de sus compañeros, quienes no se habían mostrado tan valientes; y Cornudet, al oírla, mantenía una sonrisa aprobatoria y complaciente de apóstol, como un sacerdote que escuchase a un feligrés alabar a Dios, pues los demócratas de largas barbas tienen el monopolio del patriotismo, así como los hombres de sotana tienen el de la religión. Él habló, a su vez, con tono doctrinario, poniendo el énfasis aprendido en las proclamas que se pegaban cada día en las paredes y terminó con un fragmento elocuente en el que atacó magistralmente a este «crápula de Badinguet»^(*).

Pero *Bola de sebo* se enojó instantáneamente, pues era bonapartista. Se puso más roja que una guinda y tartamudeó de indignación:

—Me habría gustado verlos en su lugar a ustedes. ¡Eso habría estado bueno, sí señor! ¡Son ustedes los que traicionaron a ese hombre! ¡No habríamos tenido más remedio que abandonar Francia si hubiésemos estado gobernados por sabandijas como ustedes!

Cornudet, impasible, conservaba una sonrisa desdeñosa de superioridad, pero se presentía que en cualquier momento podrían aparecer los insultos gruesos, cuando el conde se interpuso y calmó, no sin esfuerzo, a la exasperada muchacha, proclamando con autoridad que todas las opiniones sinceras eran dignas de respeto. No obstante, la condesa y la señora del industrial, que llevaban en el alma el odio irracional de las gentes bien por la República y la instintiva ternura que acunan todas las mujeres hacia los gobiernos despóticos y de alcurnia, se sentían, pese a ellas, atraídas hacia esta prostituta plena de dignidad, cuyos sentimientos se parecían tanto a los suyos.

La cesta estaba vacía. Entre diez la habían agotado sin lástima, lamentando que no fuese más grande. La conversación prosiguió durante algún tiempo; sin embargo, se enfrió algo después que terminaron de comer.

(*) Así se llamaba popularmente a Napoleón III, por haber huido disfrazado con las ropas de un albañil de ese nombre, en 1846, del castillo de Ham, donde estaba detenido.

Cayó la noche, la oscuridad se fue haciendo profunda, poco a poco, y el frío, más sensible durante la digestión, hacía temblar a *Bola de sebo*, a pesar de su grasa. Entonces la señora de Bréville le ofreció su calentador, al que se le había renovado el carbón varias veces desde la mañana y ella aceptó enseguida, pues sentía los pies helados. Las señoras de Carré-Lamadon y Loiseau dieron los suyos a las religiosas.

El cochero había encendido los faroles. Estos iluminaban, con un vivo resplandor, una nube de vapor por sobre las grupas sudorosas de los caballos de tiro y, a ambos lados del camino, la nieve que parecía desenvolverse bajo el efecto de los reflejos en movimiento de las luces.

Ya nada se distinguía dentro del coche; pero, de repente, se produjo un movimiento entre *Bola de sebo* y Cornudet; y Loiseau, cuyos ojos hurgaban la oscuridad, creyó ver al hombre de la barba larga apartarse bruscamente como si hubiera recibido un fuerte golpe propinado sin ruido.

Pequeños puntos de fuego aparecieron en el camino hacia adelante. Era Tôtes. Habían marchado once horas^(*), catorce en total, con las dos horas de reposo dadas a los caballos en cuatro intervalos para comer avena y reponer el aire. Penetraron en la villa y se detuvieron frente al hotel del Comercio.

Se abrió la portezuela. Un sonido bien conocido hizo estremecer a todos los viajeros; era el chasquido de una vaina de sable contra el suelo. Inmediatamente la voz de un alemán gritó algo.

Pese a que la diligencia estaba inmóvil, nadie descendía, como si esperasen ser masacrados a la salida. Entonces, apareció el conductor llevando en la mano una de sus linternas y esta iluminó, súbitamente, hasta el fondo del coche las dos hileras de rostros espantados, con las bocas abiertas y los ojos desorbitados por la sorpresa y el terror.

Junto al cochero, se erguía, a plena luz, un joven oficial alemán, grande y excesivamente delgado y rubio, apretado en su uniforme como una muchacha en su corsé; llevaba

(*) Distracción del autor: debió decir trece horas.

ladeado su casco chato y encerado lo cual le daba el aspecto del criado de una hostería inglesa. Su desmesurado bigote, cuyos largos y rígidos pelos, se afinaban indefinidamente hacia ambos lados y terminaban por un solo hilo rubio, tan fino que no se divisaba su final, parecía pesar sobre las comisuras de la boca y, al prolongar la mejilla, imprimía a sus labios, un pliegue en caída.

En un francés de alsaciano invitó a los viajeros a descender, diciendo con un tono rígido:

—¿Quieren bajarr, señorres y señorrasss?

Las dos hermanas fueron las primeras en obedecer, con una docilidad de santas mujeres habituadas a toda clase de sumisiones; enseguida aparecieron el conde y la condesa, seguidos por el industrial y su esposa, luego por Loiseau que empujaba delante de él a su media naranja. Este, al poner pie en tierra, dijo al oficial:

—Buen día, señor —más por sentimiento de prudencia que de cortesía.

Desdeñoso como todos los omnipotentes, el otro lo miró sin responderle.

Bola de sebo y Cornudet, aunque estaban junto a la portezuela, fueron los últimos en descender, serios y altivos ante el enemigo. La gorda muchacha procuraba dominarse y mantener la calma: el demócrata retorció su larga barba rojiza con mano patética y un poco temblorosa. Querían conservar su dignidad, pues comprendían que, en tales casos, cada uno representa un poco a su país y ambos se rebelaban por igual contra la mansedumbre de sus compañeros; ella procuraba mostrarse más altiva que sus vecinas, las mujeres honestas, mientras que él, convencido de que debía dar el ejemplo, exhibía en su actitud la resistencia iniciada con el desfondamiento de los caminos.

Entraron en la gran cocina de la posada y el alemán se hizo exhibir la autorización de partida firmada por el general en jefe, en la que estaban mencionados los nombres, la filiación y la profesión de cada viajero, examinó con detenimiento a todo el grupo y cotejó las personas con las descripciones apuntadas.

Por fin, dijo bruscamente:

—Está bien —y desapareció.

Hubo un suspiro de alivio. El hambre proseguía aún y fue ordenada la cena. Demorarían una media hora en traerla y, mientras dos sirvientas se decidían a hacerlo, fueron a observar las habitaciones. Todas se hallaban sobre un largo pasillo que terminaba en una puerta de vidrio marcada con un número ostentoso.

Finalmente, se dirigían a sentarse a la mesa cuando apareció el propio dueño de la posada. Era un anciano, comerciante de caballos gordo y asmático, cuya laringe emitía continuamente silbidos, ronquidos y ruidos de flemas. Su padre le había transmitido el apellido de Follenvie.

Preguntó:

—¿La señorita Elisabeth Rousset?

Bola de sebo se estremeció y se volvió:

—Soy yo.

—Señorita, el oficial prusiano quiere hablar con usted inmediatamente.

—¿Conmigo?

—Sí, si usted es realmente Elisabeth Rousset.

Quedó confusa, reflexionó un instante y luego declaró decididamente:

—Puede ser, pero no iré.

Se produjo un movimiento a su alrededor; todos discutían y se preguntaban cuál sería la causa de dicha orden. El conde se aproximó:

—Se equivoca usted, señora, pues su negativa puede acarrear dificultades de consideración, no solo para usted, sino incluso para todos sus compañeros. Nunca hay que resistir a quienes son más fuertes. Seguramente esta gestión no ha de significar peligro alguno; se trata, sin duda, de alguna formalidad que se les olvidó.

Todos se unieron a él y le rogaron, le exigieron, la sermonearon y terminaron por convencerla; pues temían las consecuencias que podría acarrear una tozudez.

Por fin, ella dijo:

—¡Que conste, que es por ustedes que lo hago!

La condesa le tomó la mano:

—Y se lo agradecemos.

Salió. La aguardaron para sentarse a la mesa.

Cada uno se condolía de no haber sido llamado en lugar de aquella muchacha violenta e irascible y, mentalmente, preparaba excusas pueriles para el caso de que, a su vez, le llamaran.

Pero, al cabo de diez minutos, reapareció ella, con la respiración agitada, roja de sofocación, exasperada. Farfulló:

—¡Ah, los canallas, los canallas!

Todos se apresuraron por saber, mas ella nada dijo; y como el conde insistiese, respondió con gran dignidad:

—No, esto no les concierne, no puedo hablar.

Por lo tanto se sentaron alrededor de una alta sopera de la cual surgía aroma de coliflor. Pese a aquel toque de atención la cena fue alegre. La sidra era buena; el matrimonio Loiseau y las hermanas la escogieron por economía. Los demás pidieron vino; Cornudet reclamó cerveza. Tenía una peculiar forma de descorchar la botella, de espumar el líquido, de contemplarlo inclinando el vaso; luego lo elevaba y colocaba entre sus labios y la lámpara, para apreciar perfectamente el color. Cuando bebía, su larga barba, que conservaba el matiz de su brebaje preferido, parecía estremecerse de ternura; los ojos se le ponían bizcos para no perder de vista su jarra y adquiría el aire de estar cumpliendo la única función para la que había nacido. Se habría podido afirmar que en su espíritu se establecía algo así como un acercamiento, una afinidad entre las dos grandes pasiones de su vida: la cerveza rubia^(*) y la Revolución; y, con toda seguridad, no podía saborear la una, sin soñar con la otra.

El señor y la señora Follenvie comían en la cabecera de la mesa. El hombre, jadeando como una locomotora a punto de reventar, tenía demasiados problemas con su pecho como para poder hablar mientras comía; pero la mujer no se callaba nunca. Contaba todas sus impresiones al llegar los prusianos, lo que estos hacían, lo que decían, execrándolos pues le cos-

(*) En inglés en el original: «Pale Ale».

taban dinero y, además, porque tenía dos hijos en el ejército. Se dirigía especialmente a la condesa, halagada por conversar con una dama de calidad.

A veces bajaba la voz para hablar de cosas delicadas y su marido de cuando en cuando, la interrumpía:

–Harías mejor callándote la boca, señora Follenvie.

Pero ella no le hacía caso alguno y proseguía:

–Sí, señora, esa gente no hace más que comer papas y chanco, y después chanco y papas. ¡Y no vaya a creer que son limpios! ¡Ah no! Huelen mal por todas partes, con el debido respeto, señora, y si los viera hacer sus ejercicios de práctica, durante horas y días en el campo, marcha adelante, marcha atrás, vuelta para aquí, vuelta para allá. ¡Si al menos, cultivaran la tierra y cuidaran de los caminos en su país! ¡Pero no, esos militares no sirven para nada! ¡El pobre pueblo tiene que alimentarlos para que solo se dediquen a matar! No soy más que una vieja sin educación, es verdad, pero al verlos que se fatigan marcando el paso de la mañana a la noche, me digo: cuando hay personas que hacen tantos descubrimientos para ser útiles a los demás, ¡por qué tiene que haber otros que se tomen tanto trabajo para ser inservibles! ¿Realmente, no es abominable matar gente, sean prusianos o ingleses o polacos o franceses? Se dice que está mal que uno se vengue de alguien que nos ha hecho daño, y por tanto nos condenan; pero cuando exterminan a nuestros hijos como animales de caza, con fusiles, ¿está bien eso, en cambio, ya que condecoran al que ha matado más? ¡Vamos, nunca podré entender semejante cosa!

Cornudet elevó su voz:

–La guerra es algo bárbaro cuando atacan a un pacífico vecino; es un deber sagrado cuando se defiende a la patria.

La anciana bajó la cabeza:

–Sí, cuando uno se defiende es otra cosa. ¿Pero no tendríamos, antes, que matar a todos los reyes que la hacen porque se les antoja?

Los ojos de Cornudet brillaron:

–Bravo, ¡ciudadana! –dijo.

El señor Carre-Lamadon reflexionaba profundamente. Aunque era un fanático de los ilustres capitanes, el buen sentido de aquella campesina le hacía entrever la riqueza que aportarían a un país todos esos brazos inactivos y, por lo tanto, ruinosos, tantas fuerzas que se mantenían improductivas, si se las emplease en grandes trabajos industriales que requerirían siglos para ser llevados a cabo.

Pero Loiseau abandonó su sitio y fue a hablar en voz baja con el posadero. El hombrón reía, tosía, escupía; su enorme vientre se sacudía de gracia con las bromas de su vecino y le compró seis barriles de vino de Bordeaux para la primavera, cuando se hubiesen ido los prusianos.

Todos estaban deshechos de cansancio y, no bien terminada la cena, fueron a acostarse.

Sin embargo, Loiseau, que había observado todo con ojo avisor, hizo acostar a su esposa y luego pegó, de a ratos, su ojo y, de a ratos, su oreja al ojo de la cerradura para tratar de descubrir lo que él llamaba «los misterios del corredor».

Al cabo de aproximadamente una hora, escuchó ruido de pasos, miró rápidamente, y vio a *Bola de sebo* que parecía aún más rellena con una bata de lana de cachemira azul, bordada con encajes blancos. Llevaba una bujía en la mano y se dirigía hacia el número grande al final del pasillo. Pero, una puerta se entreabrió sobre un costado y cuando ella reapareció, al cabo de algunos minutos, la seguía Cornudet, en camisa. Hablaban en voz baja, luego se detuvieron. *Bola de sebo* parecía impedir, enérgicamente, la entrada a su habitación. Desgraciadamente, Loiseau no escuchaba lo que decían, pero al fin, al levantar ellos la voz, pudo captar algo. Cornudet insistía vivamente.

—Vamos, no sea tonta ¿qué hay de malo en eso?

Con aire indignado, ella respondió:

—No, mi querido, hay momentos en que esas cosas no se hacen; además, aquí, eso sería una vergüenza.

Él, obviamente, no entendía nada y preguntaba por qué. Entonces ella perdió la paciencia y subió aún más la voz:

—¿Por qué? ¿No entiende por qué? ¿Cuando hay prusianos en la casa, en la pieza de al lado, quizá?

Él enmudeció. Aquel pudor patriótico de puta que no se deja acariciar con el enemigo cerca, debió despertar en su corazón su alicaída dignidad, pues, después de solo besarla, regresó a su habitación en puntas de pie.

Muy excitado, Loiseau abandonó el ojo de la cerradura, recorrió de un salto su recámara, se puso el pijama y levantó la sábana bajo la cual yacía el áspero pellejo de su compañera, despertándola con un beso y murmurando:

—¿Me amas, querida?

Entonces toda la casa quedó sumida en el silencio. Pero al poco tiempo, comenzó a elevarse desde algún lugar, desde una dirección indefinida que podía ser el sótano tanto como el desván, un ronquido potente, monótono, siempre igual, un sonido sordo y prolongado como la trepidación de una caldera a alta presión. El señor Follenvie dormía.

Como se había decidido que partirían a las ocho de la mañana, todos se encontraron en la cocina; pero el carruaje, cuya baca tenía un techo de nieve, se erguía solitario en medio del patio, sin caballos y sin conductor. Lo buscaron en vano en la cuadra, en los establos, en las cocheras. Entonces los hombres decidieron rastrear toda la zona y salieron. Estaban en la plaza, con la iglesia al fondo y a ambos lados casas de bajo en las que se veía a soldados prusianos. El primero que vieron pelaba papas. Algo más lejos, el segundo, lavaba la peluquería. Otro, cuya barba le llegaba a los ojos, llevaba en brazos a un bebe que lloraba, y le mecía sobre sus rodillas intentando apaciguarlo; y las corpulentas campesinas, cuyos maridos estaban en el «ejército en guerra» indicaban a sus obedientes vencedores, por medio de gestos, qué trabajos debían ser realizados: cortar leña, revolver la sopa, moler el café. Uno de ellos, incluso, lavaba la ropa blanca de su anfitriona, una abuela totalmente inválida.

El conde, atónito, interrogó al campanero que salía del presbiterio. La vieja rata de iglesia le contestó:

—¡Ah! esos no son malos. No son, lo que se dice, prusianos; son de más lejos; no sé bien de dónde, y todos dejaron en su país mujeres y niños; ¡y no les divierte la guerra, para

nada! Estoy seguro de que en su tierra se les llora mucho; y todo esto traerá una terrible miseria, tanto a su tierra como a la nuestra. Aquí, todavía, no estamos demasiado mal, por el momento, porque ellos no son torpes y trabajan como si estuvieran en sus casas. Miren, señores, entre los pobres tenemos que ayudarnos... Son los grandes los que hacen la guerra.

Cornudet, indignado por el cordial entendimiento establecido entre vencedores y vencidos, se retiró; prefería encerrarse en la posada. Loiseau puso su toque bromista:

—Están repoblando.

El señor Carré-Lamadon puso su toque serio:

—Están reparando.

Pero no encontraban al cochero. Al fin lo descubrieron en el café de la villa, sentado fraternalmente a la mesa con el ordenanza del oficial. El conde se dirigió a él:

—¿No se le había dado la orden de enganchar para las ocho?

—Sí, claro, pero después me dieron otra.

—¿Cuál?

—De no enganchar.

—¿Quién le dio esa orden?

—¡Por Dios! El comandante prusiano.

—¿Por qué?

—No sé nada. Vaya a preguntarle. Me prohibieron enganchar y yo no engancho. Así es la cosa.

—¿Fue él mismo que se lo dijo?

—No, señor, fue el posadero quien me dio la orden de parte suya.

—¿Cuándo fue?

—Ayer de noche, cuando iba a acostarme.

Los tres hombres regresaron muy intranquilos.

Preguntaron por el señor Follenvie, pero la mucama contestó que el señor, a causa de su asma, nunca se levantaba antes de las diez. Y hasta había prohibido expresamente que se lo despertara antes, excepto en caso de incendio.

Querían ver al oficial, pero aunque se alojaba en la posada, ello era absolutamente imposible; solo el señor Follenvie

estaba autorizado a hablarle de asuntos civiles. Por lo tanto, aguardaron. Las mujeres subieron a sus habitaciones a ocuparse de minucias.

Cornudet se había instalado bajo la gran chimenea de la cocina, en la que ardía un gran fuego. Se hizo llevar hasta allí una de las pequeñas mesas para café, una botella de cerveza y encendió su pipa, que gozaba casi de igual prestigio que él entre los demócratas, como si hubiese servido a la patria, sirviendo a Cornudet. Se trataba de una hermosa pipa de espuma de mar, admirablemente curada, tan ennegrecida como los dientes de su dueño, pero perfumada, curvada, lustrosa, adaptada a su mano y complementaria de su fisonomía. Permaneció inmóvil, con los ojos, a veces fijos en las llamas del hogar, a veces, en la espuma que coronaba su jarra; y a cada sorbo que bebía, pasaba, con aire satisfecho, sus largos y delgados dedos por sus largos cabellos grises mientras lamía sus bigotes bordeados de espuma.

Loiseau, con el pretexto de desentumecer sus piernas, fue a venderles vino a los habitantes de la región. El conde y el industrial se pusieron a charlar sobre política. Preveían el futuro de Francia. Uno creía en los Orléans, el otro en un salvador desconocido, un héroe que aparecería cuando la situación fuese desesperada: ¿un Du Guesclin, una Juana de Arco, tal vez? ¿o bien otro Napoleón I? ¡Ah! ¡si el príncipe imperial no fuese aún tan joven! Cornudet los escuchaba, sonriente, como alguien que conoce los secretos del destino. Su pipa embalsamaba la cocina.

Al dar las diez, apareció el señor Follenvie. Inmediatamente fue interrogado; pero este no pudo sino repetir dos o tres veces, sin variante alguna, estas palabras:

—El oficial me dijo lo siguiente: «Señor Follenvie, prohíba usted que mañana enganchen el coche de estos viajeros. No quiero que partan sin orden mía. ¿Ha comprendido?». Eso es todo.

Entonces, quisieron ver al oficial. El conde le envió su tarjeta, en la que el señor Carré-Lamadon agregó su nombre y todos sus títulos. El prusiano mandó decir que permitiría a

ambos que le hablaran, una vez que hubiese desayunado, es decir, más o menos una hora después.

Regresaron las señoras y, a pesar del nerviosismo, todos comieron un poco. *Bola de sebo* parecía enferma y notablemente perturbada.

Terminaban el café cuando el ordenanza vino en busca de los señores.

Loiseau se unió a los dos primeros; cuando pretendieron arrastrar a Cornudet para conferir mayor solemnidad a la embajada, este declaró categóricamente que no quería saber para nada de ninguna relación con los alemanes; y regresó a su lugar frente a la estufa pidiendo otra botella de cerveza.

Los tres hombres subieron y fueron introducidos en la más hermosa habitación de la hostería, donde los recibió el oficial, extendido en un sofá, con los pies sobre la chimenea, fumando una larga pipa de porcelana y envuelto en una bata chillona, robada, sin duda, en la residencia abandonada de algún burgués de mal gusto. No se levantó, no los saludó, no los miró. Era un perfecto muestrario de la grosería natural en el militar victorioso.

Luego de algunos instantes, dijo por fin:

—¿Qué quieren ustedes?

Tomó la palabra el conde:

—Desearíamos partir, señor.

—No.

—¿Podría preguntarle la razón de tal negativa?

—Porque yo no quiero.

—Con el mayor respeto, me permitiría observar, señor, que su general en jefe nos ha extendido un permiso de partida para llegar hasta Dieppe; y estimo que no hemos hecho nada para merecer tal severidad.

—Yo no quiero... Eso es todo... Pueden fajar.

Luego de una inclinación, los tres se retiraron.

La tarde fue penosa. El capricho del alemán era incomprensible, y las más singulares ideas inquietaban las mentes. Todo el mundo permaneció en la cocina y discutieron sin término, imaginando las cosas más increíbles. ¿Pretendían,

tal vez, conservarlos como rehenes? ¿Pero con qué finalidad? ¿O tomarlos prisioneros? ¿O, más bien, pedirles un rescate considerable? Ante este pensamiento los acometió el pánico. Los más ricos eran los más espantados; ya se veían forzados a volcar sacos llenos de oro en manos de ese soldado insolente, para rescatar sus vidas. Se estrujaban el cerebro para inventar mentiras aceptables que disimulasen sus riquezas, que pudieran hacerlos pasar por pobres muy pobres. Loiseau se quitó la cadena del reloj y la escondió en su bolsillo. La noche que caía aumentaba sus aprensiones. Fue encendida la lámpara y como aún faltaban dos horas para la cena, la señora Loiseau propuso una partida de treinta y uno. Aquello serviría como distracción. Fue aceptada. El propio Cornudet había apagado su pipa por delicadeza y tomó parte en ella.

El conde barajó las cartas; repartió; *Bola de sebo* tenía treinta y uno de mano. Bien pronto el interés por la partida apaciguó el temor que obsesionaba los ánimos. Pero Cornudet se dio cuenta de que el matrimonio Loiseau estaba de acuerdo para hacer trampa.

Cuando iban a sentarse a la mesa, reapareció el señor Follenvie, y con su voz flemosa, anunció:

—El oficial prusiano manda preguntar a la señorita Elisabeth Rousset si aún no ha cambiado de idea.

Bola de sebo se quedó de pie, completamente pálida; después, poniéndose súbitamente encarnada, tuvo tal ahogo de ira que quedó sin habla. Por fin, estalló:

—Le diré a ese crápula, a ese cochino, a esa carroña de prusiano que nunca lo haré; escuche bien, nunca, nunca, nunca.

El gordo posadero salió. Entonces, *Bola de sebo* fue rodeada, interrogada, requerida por todos para develar el misterio de su visita. Al principio se resistió; pero pronto se dejó llevar por la desesperación:

—¿Qué quiere?... ¿Qué quiere? ¡Quiere acostarse conmigo! —gritó.

Fue tal la indignación, que nadie se sintió ofendido por la expresión. Cornudet rompió su jarra al ponerla violentamente contra la mesa. Era un clamor de reprobación contra ese sol-

dadote innoble, un viento de cólera, una unión de todos para resistir, como si le hubiesen pedido a cada uno una parte del sacrificio exigido a ella. El conde declaró, con repugnancia, que esa gente se comportaba como los antiguos bárbaros. Sobre todo, las mujeres dieron testimonio a *Bola de sebo* de una conmiseración enérgica y enternecida. Las monjas, que no se dejaban ver sino durante las comidas, habían bajado el rostro y no decían palabra.

Sin embargo, una vez que el primer furor se hubo apaciguado, cenaron; pero se habló poco: todos meditaban.

Las señoras se retiraron temprano y los hombres, mientras fumaban, organizaron un *écarté*^(*) para el cual invitaron al señor Follenvie, al que tenían intenciones de interrogar hábilmente respecto a los medios a utilizar para vencer la resistencia del oficial. Pero él no se interesaba sino en los naipes, sin escuchar nada más, sin contestar palabra; y repetía, sin cesar:

—Al juego, señores, al juego.

Su interés era tan reconcentrado que se olvidaba de escupir, lo cual hacía que, por momentos, su pecho emitiera prolongados calderones. Sus sibilantes pulmones producían toda la gama del asma, desde las notas graves y profundas hasta los ronquidos agudos de los gallos, jóvenes que intentan cantar.

Incluso, se negó a subir cuando su mujer, que se caía de sueño, vino a buscarlo. Entonces ella se marchó sola, pues era «mañanera», levantándose siempre con el sol, mientras él era «nochero», siempre dispuesto a pasar la noche con amigos. Él le gritó:

—Deja mi yema batida junto al fuego—y volvió a su partida.

Cuando comprendieron, definitivamente, que nada podrían sacar de él, dijeron que era tiempo de retirarse y cada cual fue a su cama. A la mañana siguiente, se levantaron bastante temprano y con esperanzas indefinidas, un mayor deseo de marcharse y el terror de pasar todo el día en aquel horrible hotelito.

(*) Juego de naipes típicamente francés.

¡Ay! Los caballos continuaban en la cuadra, el cochero permanecía invisible. Por hacer algo, fueron a dar vueltas en torno al coche.

El almuerzo fue triste; y se había producido como un enfriamiento hacia *Bola de sebo*, pues la noche, que hace pensar, había modificado un poco los criterios. Ahora, casi reprochaban a la muchacha que, durante la noche, no hubiese ido secretamente a su cita con el prusiano para ofrecer a sus compañeros una buena sorpresa al despertar. ¡Habría sido tan sencillo! Por otra parte, ¿quién lo habría sabido? Podría haber salvado las apariencias diciendo que el oficial se había compadecido de su angustia. ¡Eso tenía tan poca importancia para ella!

Pero, por ahora, nadie manifestó tales pensamientos.

Por la tarde, como se aburrían mortalmente, el conde propuso dar un paseo por los alrededores de la aldea. Cada uno se abrigó con precaución y la pequeña sociedad partió, con excepción de Cornudet, quien prefirió quedarse junto al fuego, y de las religiosas, que pasaban todo el día en la iglesia o en casa del cura.

El frío, día a día más intenso, picaba cruelmente en la nariz y las orejas: los pies se ponían tan doloridos que cada paso resultaba un sufrimiento; y a medida que la campiña aparecía ante ellos, se les antojó tan horriblemente lúgubre bajo aquella blancura interminable que todo el mundo regresó, muy pronto, con el alma congelada y el corazón oprimido.

Las cuatro mujeres caminaban adelante, seguidas algo atrás por los tres hombres.

Loiseau, comprendiendo la situación, preguntó, de repente, si esta ramera los haría quedar todavía mucho tiempo en semejante sitio. El conde, siempre cortés, dijo que no era posible exigir de una mujer semejante sacrificio y que la iniciativa debía surgir de ella misma. El señor Carré-Lamadon puntualizó que si los franceses hiciesen lo que era debido, o sea una contraofensiva por Dieppe, el enfrentamiento solo podía tener lugar en Tôtes. Dicha reflexión dejó preocupados a los otros dos.

—¿Y si nos pusiéramos a salvo caminando? —dijo Loiseau.
El conde se alzó de hombros.

—¿Se le ocurre...? ¿En esta nieve? ¿Con nuestras esposas?
Y además, seríamos inmediatamente perseguidos, alcanzados en diez minutos y traídos prisioneros a merced de esos soldados.

Era verdad. Se callaron.

Las mujeres hablaban de modas; pero cierto embarazo parecía distanciarlas.

Repentinamente, al final de la calle, apareció el oficial. Sobre la nieve que cubría el horizonte, perfilaba su silueta de avispa con uniforme y avanzaba, las piernas separadas, con ese movimiento peculiar de los militares que se esfuerzan por no manchar sus botas, cuidadosamente lustradas.

Al pasar junto a las damas se inclinó; y miró desdeñosamente a los hombres, quienes, por otra parte, tuvieron la dignidad de no descubrirse, pese a que Loiseau esbozó un gesto de quitarse el sombrero.

Bola de sebo había enrojecido hasta las orejas; y las tres mujeres casadas experimentaban una gran humillación al haber sido encontradas, por ese soldado, en compañía de esa muchacha, a la cual había tratado tan groseramente.

Entonces hablaron de él, de su apostura, de su rostro. La señora Carré-Lamadon, que había tratado a muchos oficiales y que los juzgaba, con conocimiento de causa, no lo encontraba del todo mal; hasta lamentaba que no fuese francés, pues sería un muy elegante húsar, por el cual todas las mujeres se volverían locas.

Cuando regresaron ya no supieron qué hacer. Llegaron a intercambiar palabras hirientes por cosas irrelevantes. La cena, silenciosa, duró poco y todos subieron a acostarse con la esperanza de dormir para matar el tiempo.

Por la mañana bajaron con caras fatigadas y corazones exasperados. Las mujeres apenas hablaban a *Bola de sebo*.

Sonó una campana. Llamaba a un bautismo. La obesa muchacha tenía un hijo que se educaba en casa de unos campesinos en Yvetot. Ella no lo veía ni una vez por año y

nunca pensaba en él; pero la imagen del que iban a bautizar le produjo en el corazón una violenta y súbita ternura hacia el suyo y quiso asistir a la ceremonia de cualquier manera.

No bien hubo partido, todos se miraron, luego acercaron las sillas, pues todos sentían que, finalmente, había que tomar una decisión. Loiseau tuvo una inspiración: era de la idea de proponer al oficial que se quedase solo con *Bola de sebo* y dejara marchar a los demás.

El señor Follenvie se encargó, una vez más de la solicitud, pero volvió a bajar casi enseguida. El alemán, que conocía la naturaleza humana, lo había echado. Pensaba retener a todo el mundo en tanto no fuese satisfecho su deseo.

Fue entonces que explotó el temperamento populachero de la señora Loiseau:

—Sin embargo, no vamos a quedarnos a morir de viejos aquí. Y ya que el oficio de esta zafada es hacer eso con todos los hombres, me parece que no tiene derecho a rechazar a uno, más que a otro cualquiera. ¡Y escúchenme un poco; a esta le vino bien todo lo que encontró en Rouen, hasta los cocheros! ¡Sí, señores, el cochero de la prefectura! Lo sé bien, él compra vino en casa. ¡Y ahora, que de lo que se trata es de sacarnos del apuro, se hace la majadera, la muy mocosa...! Personalmente, creo que el oficial actúa muy correctamente. Es posible que le haga falta hacer tiempo; y aquí estamos nosotras tres a las que habría preferido, sin duda. Pero no, se contenta con una cualquiera. Respeta a las señoras casadas. Piénsenlo, es el amo y señor; solo tenía que decir «quiero» y podía hacernos tomar por la fuerza con sus soldados.

Las otras dos damas experimentaron un leve escalofrío. Los ojos de la bonita señora Carré-Lamadon brillaban y se la veía algo pálida, como si ya se sintiera poseída a la fuerza por el oficial.

Los hombres, que discutían en un aparte, se aproximaron. Loiseau, furioso, quería entregar a «esta miserable», atada de pies y manos, al enemigo. Pero el conde, descendiente de tres generaciones de embajadores y dotado de un estilo diplomático, era partidario de la habilidad:

—Habría que convencerla —dijo.

Entonces, se pusieron a conspirar.

Las mujeres se agruparon, bajaron el tono de voz y la discusión se hizo general dando cada uno su parecer. Era, por otra parte, lo que más convenía. Aquellas damas, especialmente, eran capaces de encontrar delicados giros, encantadoras sutilezas de expresión, para decir las cosas más escabrosas. Las precauciones lingüísticas adoptadas eran tales, que un extranjero no habría entendido nada. Y como ese último resto de pudor, tras el cual se protegen las señoras de sociedad, solo cubría la superficie, ellas se regodeaban con esta aventura clandestina, divirtiéndose, en el fondo, con locura, y sintiéndose en su elemento al planear este embrollo amorio con la misma sensualidad con que un cocinero goloso prepara los platos para otro.

Al fin, la historia les resultaba tan divertida, que la alegría volvía por sí sola. Al conde se le ocurrieron algunas bromas algo atrevidas, pero tan bien dichas que provocaron la risa. A su vez, Loiseau soltó algunas picardías más fuertes, de las que nadie se ofendió; y el pensamiento brutalmente manifestado por su esposa dominaba todas las mentes: «Ya que ese es su oficio ¿por qué tiene que rechazar precisamente a este y no a otro?». La delicada señora Carré-Lamadon pensaba incluso que ella, en su lugar, no rechazaría precisamente a este por otro.

Prepararon el asedio como si se tratase de una fortaleza sitiada. Se convino el papel que tocaría a cada uno, los argumentos en que se apoyarían, las maniobras que debían llevar a cabo. Ordenaron el planteo de los ataques, las argucias a emplear y los asaltos por sorpresa para forzar a aquella fortaleza viviente a rendir su plaza al enemigo.

Mientras tanto, Cornudet permanecía apartado, completamente ajeno al asunto.

Los ánimos estaban sumidos en un interés tan profundo que ni siquiera oyeron regresar a *Bola de sebo*. Pero el conde chistó un suave «psss» que hizo levantar todas las miradas. Allí estaba ella. Se hizo bruscamente el silencio y un cierto

azoramiento les impidió, en principio, hablarle. La condesa, más adaptada que los demás a las duplicidades de salón, le preguntó:

—¿Fue agradable ese bautismo?

La rolliza muchacha, aún emocionada, lo relató todo, las caras, los gestos y hasta el aspecto de la iglesia. Agregó:

—Es tan bueno rezar, a veces.

De momento y hasta el almuerzo, las damas se limitaron a ser amables con ella para aumentar su confianza y su docilidad a sus designios.

No bien estuvieron a la mesa, comenzaron los tanteos. Fue un vago diálogo sobre la abnegación. Se citaron antiguos ejemplos: Judith y Olofernes, también, sin razón alguna, Lucrecia con Sextus; Cleopatra, que hizo pasar por su lecho a todos los generales enemigos reduciéndolos a servilismos de esclavo. Luego desarrollaron una historia fantástica, engendrada en la imaginación de aquellos millonarios ignorantes, en la cual las ciudadanas de Roma iban hasta Capua a hacer dormir entre sus brazos a Aníbal, sus oficiales y sus huestes de mercenarios. Citaron a todas las mujeres que contuvieron a conquistadores, haciendo de sus cuerpos un campo de batalla, un medio para dominar, un arma, que vencieron por medio de sus caricias heroicas a seres horribles u odiosos, y sacrificaron su castidad en aras de la venganza y la abnegación.

Hasta se habló, en términos velados, de aquella inglesa de alta familia que se había dejado inocular una horrible y contagiosa enfermedad para transmitírsela a Bonaparte, el que, debido a un repentino malestar, se salvó milagrosamente en el momento de la cita fatal.

Y todo esto fue narrado en forma discreta y moderada, con ocasionales destellos de entusiasmo, adecuados para incitar a la emulación.

Al fin, se habría podido creer que el único papel de la mujer en este mundo consistía en ofrecer un perpetuo sacrificio de su persona, un abandono constante a los caprichos de las soldadescas.

Las dos hermanitas parecían no entender una palabra, perdidas en profundos pensamientos. *Bola de sebo* no decía nada.

La dejaron reflexionar durante toda la tarde. Pero, en lugar de llamarla «señora» como hasta entonces, le decían simplemente «señorita», sin que nadie supiese bien por qué, como si hubieran querido hacerla bajar de grado en la estima que había logrado escalar y hacerla sentir su vergonzosa situación.

A la hora de servir la sopa, reapareció el señor Follenvie repitiendo la frase de la víspera:

—El oficial prusiano manda preguntar a la señorita Elisabeth Rousset si aún no ha cambiado de idea.

Bola de sebo respondió, secamente:

—No, señor.

Pero durante la cena la coalición se debilitó. Loiseau pronunció tres frases inoportunas. Todos se devanaban los sesos para descubrir nuevos ejemplos, sin encontrar ninguno, cuando la condesa, quizá sin premeditación y experimentando un vago deseo de rendir homenaje a la religión, interrogó a la mayor de las hermanas respecto a los grandes hechos de la vida de los santos, a propósito de que muchos de ellos habían cometido actos que, a nuestros ojos, resultarían crímenes; pero la Iglesia absuelve sin castigo dichas fechorías, cuando ellas son llevadas a cabo por la gloria de Dios o por el bien del prójimo. Era un argumento poderoso; la condesa aprovechó de él. Entonces, ya fuese por uno de esos tácitos entendimientos, de esos acuerdos disimulados en los que se destacan todos aquellos que visten hábito eclesiástico, o bien, simplemente, como resultado de una desinteligencia feliz, de una oportuna torpeza, la anciana religiosa proporcionó a la conspiración un formidable apoyo. Se la creía tímida y se mostró decidida, habladora, violenta. No se preocupaba por los rodeos de la casuística; su doctrina era como una barra de hierro; su fe no titubeaba jamás; su conciencia carecía de escrúpulos. Hallaba completamente sencillo el sacrificio de Abraham, pues ella habría matado a su padre y a su madre, inmediatamente, con tal de cumplir una orden celestial y, según su punto de vista, nada podía disgustar al Señor cuando la intención era loable. La condesa, sacando partido de la autoridad sacra de su inesperada

cómplice, la hizo hacer una especie de paráfrasis edificante de este axioma moral: «El fin justifica los medios».

Le preguntó:

—Por lo tanto, hermana, ¿cree usted que Dios acepta todos los caminos y perdona todas las faltas cuando el motivo es puro?

—¿Quién puede dudarlo, señora? Una acción, condenable en sí misma, se transforma a menudo en meritoria por la idea que la inspira.

Y así continuaron ambas, desentrañando los designios de Dios, previendo sus decisiones y haciéndolo ocuparse de cosas que, verdaderamente, no le concernían en absoluto.

Todo aquello era solapado, hábil, discreto. Pero cada palabra de la santa mujer de cofia hacía mella en la indignada resistencia de la cortesana. Poco después, desviando algo la conversación, la mujer de los rosarios habló de los conventos de su orden, de su superiora, de ella misma y de su querida compañera, la amada hermana San Nicéforo. Habían sido llamadas a El Havre para cuidar, en los hospitales, a centenares de soldados atacados de viruela boba. Describía a aquellos miserables detallando sus sufrimientos. Y mientras ambas se encontraban detenidas en el camino por los caprichos de ese prusiano ¡podía morir un gran número de franceses que ellas, quizá, habrían podido salvar! Cuidar de militares era su especialidad; había estado en Crimea, en Italia, en Austria y, relatando sus campañas, se reveló, de pronto, como una de esas religiosas de armas llevar que parecían hechas para seguir a los ejércitos, rescatar a los heridos en el torbellino de las batallas y capaces de domar, con una sola palabra, mejor que un jefe, a los soldadotes indisciplinados. Una verdadera monja Ra-Ta-Plan, cuya cara deshecha, perforada por incontables agujeros, era una viva imagen de la devastación de la guerra.

Tan excelente fue el efecto cuando terminó, que nadie agregó nada. Enseguida de finalizada la comida se apresuraron a subir a las habitaciones para no volver a bajar hasta bien tarde por la mañana siguiente.

El almuerzo fue tranquilo. Dejaban que el grano sembrado en la víspera tuviera tiempo de germinar y dar sus frutos.

La condesa propuso dar un paseo durante la tarde; entonces, como ya estaba convenido, el conde tomó por el brazo a *Bola de sebo* y se mantuvo con ella detrás de los demás.

Le habló con ese tono familiar, paternal, algo desdeñoso, que los hombres importantes utilizan con las muchachas, llamándola «mi querida niña», tratándola desde la altura de su posición social, de su honorabilidad indiscutida. Enseguida fue al meollo del asunto:

—¿De manera que usted prefiere dejarnos aquí, expuestos, como usted misma, a las represalias que sobrevendrían en caso de una derrota de las tropas prusianas antes de prestar su consentimiento a ser complaciente una vez, como lo ha sido tan a menudo en su vida?

Bola de sebo no respondió. Él atacó por el lado de la dulzura, del razonamiento, de los sentimientos. Supo mantenerse como el «señor conde», mostrándose galán cuando era necesario, halagador, amable en suma. Exaltó el servicio que les prestaría, habló del reconocimiento de todos; y, súbitamente tuteándola con buen humor:

—Y sabes, querida mía, él podrá preciarse de haber disfrutado de una muchacha bonita como no podría hallar muchas en su país.

Bola de sebo no respondió y se reunió con el grupo. No bien regresaron, ella subió a su aposento y no volvió a aparecer. La ansiedad era extrema. ¿Qué haría? ¿Qué problema si se resistía!

Llegó la hora de la cena; se la aguardó en vano. Entonces, el señor Follenvie, al entrar, anunció que la señorita Rousset se sentía indispuesta y que podían sentarse a la mesa. Todo el mundo prestó atención. El conde se aproximó al posadero y le preguntó muy bajo:

—¿Ya está?

—Sí.

Por decoro, nada dijo a sus compañeros, pero les hizo un gesto con la cabeza. Inmediatamente, un gran suspiro de

alivio surgió de todos los pechos, el júbilo apareció en todos los rostros. Loiseau gritó:

—¡Requetebien! Pago champagne, si lo hay en esta casa.

Y la señora Loiseau se sintió angustiada hasta que el comerciante regresó con cuatro botellas en la mano. Todos se habían vuelto comunicativos y ruidosos de repente; una alegría espirituosa desbordaba los ánimos. El conde parecía haberse dado cuenta de que la señora Carré-Lamadon era encantadora, el industrial hacía cumplidos a la condesa. La conversación se hizo vivaz, jovial, chispeante.

De pronto, con su cara ansiosa y levantando los brazos, Loiseau aulló:

—¡Silencio!

Todos callaron, sorprendidos, ya casi asustados. Entonces, él estiró su oreja diciendo «Shhh» mientras hacía gestos con las dos manos, levantó los ojos hacia el techo, escuchó nuevamente y retornando su tono natural, dijo:

—Queden tranquilos, todo va bien.

Se produjo un titubeo antes de comprender, pero, enseguida, hubo una sonrisa general.

Al cabo de un cuarto de hora, repitió la broma, volviendo a ella varias veces durante la velada; y simulaba interrogar a alguien en el piso superior, dándole consejos de doble sentido extraídos de su estilo de viajante de comercio. Por momentos, adoptaba un aire triste y suspiraba:

—Pobre muchacha...

O bien, murmuraba entre dientes con aire rabioso:

—¡Prusiano sinvergüenza!

A veces, y cuando nadie lo esperaba, lanzaba, con voz vibrante, varios:

—¡Suficiente! ¡Suficiente! —y agregaba, como hablando consigo mismo—: Confío que volvamos a verla ¡no vaya a dejarla muerta, el miserable!

Aunque tales bromas fuesen de un gusto deplorable, divertían y no herían a nadie, pues la indignación, como todo lo demás, depende de las circunstancias, y la atmósfera que se

había ido creando poco a poco en torno a ellos, estaba cargada de pensamientos picarescos.

A los postres, las propias mujeres hicieron alusiones espirituosas y veladas. Las miradas chispeaban; se había bebido mucho. El conde, quien aún en sus secreteos, mantenía su gran aire de gravedad, halló una comparación, muy festejada, sobre el fin del invierno en el polo y la alegría de los naufragos que ven abrirse una ruta hacia el sur.

Loiseau, eufórico, se puso de pie con un vaso de champagne en la mano:

—¡Bebo por nuestra liberación! Todo el mundo se levantó; le aclamaron. Hasta las dos hermanas, requeridas por las damas, consintieron en remojarse sus labios en ese espumoso vino que jamás habían probado. Declararon que se parecía a la limonada gaseosa, pero que, no obstante, era más fino.

Loiseau resumió la situación:

—Es una pena el no tener un piano, porque podríamos bailar una cuadrilla*).

Cornudet, no había dicho una palabra, no había hecho un gesto; daba la impresión de hallarse sumido en pensamientos muy graves y, de tanto en tanto, se mesaba la larga barba con gesto iracundo, como si quisiera alargarla aún más. Por fin, hacia medianoche, en vista de que ya se disponían a separarse, Loiseau, titubeante, le dio una súbita palmada en el vientre y le dijo, con torpeza:

—No está para bromas, usted, esta noche. ¿No dice nada, ciudadano?

Pero Cornudet levantó bruscamente la cabeza y recorrió a la asamblea con mirada encendida y terrible:

—¡A todos les digo que acaban de cometer una infamia!

Se levantó, llegó hasta la puerta y repitió, una vez más:

—¡Una infamia!

Y desapareció.

(*) Danza regional francesa de origen militar.

Por un momento, aquello fue como un balde de agua fría. Loiseau, aturdido, quedó con una expresión tonta; pero recuperó su aplomo y de repente, soltó la risa, repitiendo:

—Están verdes, mi viejo, todavía están demasiado verdes.

Como nadie comprendía, contó los «misterios del corredor». Entonces, la hilaridad volvió con formidable empuje. Las señoras se divertían locamente. El conde y el señor Carré-Lamadon lloraban de tanto reír. No podían creerlo.

—¡Cómo! ¿Está usted seguro? Quería...

—Les digo que lo he visto.

—Y ella rehusó...

—Porque el prusiano estaba en la habitación de al lado.

—No es posible.

—Lo juro.

El conde perdía el resuello. El industrial se apretaba el vientre con ambas manos. Loiseau continuaba:

—Y se dan cuenta, lo de esta noche no le pareció divertido para nada.

Y los tres volvían a empezar, enfermos, ahogados.

Después de esto, se separaron. Pero la señora de Loiseau, que era una especie de ortiga, hizo notar a su marido cuando se acostaban, que «esta presuntuosita» de Carré-Lamadon había pasado la velada riéndose de la boca para afuera:

—Ya sabes que a las mujeres, cuando se trata de uniformes, sea de francés o de prusiano, les da lo mismo, te lo juro. ¡Ay, señor mío, qué detestable!

Y durante toda la noche, en la oscuridad del pasillo, fueron y vinieron como murmullos, sonidos leves, apenas audibles, roces de pies descalzos, crujidos imperceptibles. Y sin duda nadie durmió sino hasta muy tarde, pues hilos de luz se filtraron, mucho rato, bajo las puertas. El champagne produce tal clase de efectos; según dicen, quita el sueño.

A la mañana siguiente, un claro sol de invierno volvía deslumbrante la nieve.

La diligencia, enganchada por fin, aguardaba ante la puerta, mientras un ejército de palomas blancas pavoneándose con su espeso plumaje, sus ojos rosáceos manchados con un

punto negro en el medio, se paseaba solemnemente entre las patas de los seis caballos y buscaba comida entre el maloliente estiércol que desparramaban.

El cochero, envuelto en su piel de oveja, encendía la pipa sobre el pescante y todos los viajeros, radiantes, hacían empa-car rápidamente provisiones para el resto del viaje.

Solo se aguardaba a *Bola de sebo*. Ella llegó.

Parecía hallarse algo confusa, avergonzada. Avanzó tímidamente hacia sus compañeros, quienes se dieron vuelta, todos a una, como si no la hubiesen visto. El conde tomó, con dignidad, el brazo de su esposa y la alejó de aquel contacto impuro.

La gorda muchacha se detuvo, estupefacta; entonces, echando mano a todo su coraje, se dirigió a la mujer del industrial con un:

—Buen día, señora —musitado con humildad.

La otra, solo hizo con su cabeza un breve saludo impertinente, al que acompañó con una mirada de virtud ultrajada. Todos los demás parecían estar demasiado atareados y se mantenían lejos de ella como si sus enaguas estuviesen contaminadas con una infección. Por fin se precipitaron hacia el carruaje; ella llegó última, sola, y volvió en silencio al lugar que había ocupado durante la primera parte del trayecto.

Parecían no verla ni conocerla; pero la señora Loiseau, mirándola como desde lejos, con indignación, dijo a media voz a su marido:

—Felizmente no estoy junto a ella.

El pesado coche se sacudió y se reinició el viaje.

Al principio, no se habló una palabra. *Bola de sebo* no osaba levantar la vista. Se sentía indignada contra sus vecinos y al mismo tiempo humillada por haber cedido, enlodada por los besos de ese prusiano en cuyos brazos había sido hipócritamente arrojada.

Pero la condesa, volviéndose hacia la señora de Carré-Lamadon rompió bien pronto aquel penoso silencio.

—Creo que usted conoce a la señora de Entrelles.

—Sí, es una de mis amigas.

—¡Qué mujer encantadora!

—¡Finísima! Una verdadera aristócrata, por otra parte, muy culta y artista de pies a cabeza; canta maravillosamente y dibuja a la perfección.

El fabricante conversaba con el conde y, ocasionalmente, entre el estrépito de los vidrios, se deslizaba una que otra palabra: «cupón», «vencimiento», «prima», «plazo fijo».

Loiseau, que había robado el viejo juego de naipes de la posada, engrasado por cinco años de roce contra las mesas mal lavadas, inició una béciga^(*) con su mujer.

Las hermanas tomaron los largos rosarios que colgaban de su cintura, hicieron ambas la señal de la cruz y empezaron a un mismo tiempo a mover los labios, a toda velocidad, apurándose más y más, dejando fluir su vago murmullo, como en una carrera de «oremus». De tanto en tanto, besaban una medalla, volvían a santiguarse y, enseguida, reiniciaban su musitar rápido y continuo.

Cornudet, inmóvil, pensaba.

Al cabo de tres horas de ruta. Loiseau recogió sus naipes:

—Tengo hambre —dijo.

Entonces, su esposa buscó un paquete atado con un bramante, del cual extrajo un trozo de carne fría, lo cortó, cuidadosamente, en tiras delgadas y compactas y ambos se pusieron a comer.

—¿Y si hiciéramos otro tanto? —preguntó la condesa. Estuvieron de acuerdo y desempacó las provisiones preparadas para las dos parejas. Estaban en uno de esos recipientes alargados cuya tapa muestra una liebre en loza, para indicar que adentro descansa una liebre en conserva, adobada con succulentos fiambres, con blancas orillas de tocino que cruzan la carne oscura de la presa, mezcladas con diversos tipos de carnes picadas finamente. Una hermosa porción de gruyere envuelta en un periódico, exhibía sobre su untuosa cáscara la leyenda «Hechos Varios».

Las dos hermanas desenvolvieron un redondo salame que olía a ajo; y Cornudet, metiendo sus dos manos al mismo tiem-

(*) Béciga: juego de cartas similar a la «escoba».

po en los grandes bolsillos de su chaqueta de abrigo, sacó de uno de ellos cuatro huevos duros y del otro una corteza de pan. Rompió las cáscaras, las arrojó a sus pies en la paja y se puso también a morder los huevos dejando caer sobre su enorme barba pedazos de yema que, allí metidos, parecían estrellas.

Bola de sebo, en su prisa y malestar al levantarse, no había pensado en nada; y, exasperada, conteniendo su rabia, observaba a toda aquella gente que comía con placidez. Al principio, una cólera tumultuosa la crispó y abrió la boca para enrostrarles su actitud con una marea de insultos que le venían a los labios; pero no pudo hablar, tal era la exasperación que la sofocaba.

Nadie la miraba ni se acordaba de ella. Se sentía anegada en desprecio: de aquellos honestos miserables que la habían primero sacrificado y enseguida, arrojado como un objeto sucio e inservible.

Entonces, recordó su gran cesta repleta de buena comida que ellos habían devorado con avidez, sus dos pollos relucientes de glaseado, sus patés, sus peras, sus cuatro botellas de Bordeaux; y su furor se derrumbó como una cuerda excesivamente tensa que se rompe y sintió que iba a llorar. Hizo un esfuerzo terrible, se contuvo, tragó sus sollozos como los niños, pero el llanto la inundaba, brillando en el borde de sus párpados, y enseguida dos lagrimones, desprendiéndose de los ojos, rodaron lentamente sobre sus mejillas. Otros los siguieron; rápidos, corriendo como las gotas de agua que se filtran de una roca y cayeron con regularidad sobre la curva prominente de su busto. Permanecía erguida, la mirada fija, el rostro rígido y pálido, confiando que no la vieran.

Pero la condesa se dio cuenta y previno a su esposo con una señal. Este se alzó de hombros como diciendo: «Qué quieres... no es culpa mía». La señora Loiseau exhibió una muda sonrisa triunfal y murmuro:

—Llora su vergüenza.

Las dos religiosas habían vuelto a sus rezos luego de envolver en un papel el resto de su salame.

Entonces, Cornudet, que digería sus huevos, extendió sus largas piernas debajo del asiento de enfrente, se acomodó, cruzó sus brazos; sonrió como quien recuerda algo gracioso y se puso a tararear la Marsellesa.

Todos los rostros se ensombrecieron. La canción popular, sin duda, no gustaba en absoluto a sus vecinos^(*). Se pusieron nerviosos, irritados, y parecían prontos a aullar como perros que escuchan un organillo callejero. Él se dio cuenta y siguió sin detenerse hasta el final. A veces, incluso, entonaba los versos:

Amor sagrado de la patria,
dirige y guía al vengador,
¡Libertad, libertad bien amada
a luchar junto a tus defensores!

Se avanzaba más velozmente pues la nieve estaba más dura; y hasta Dieppe, durante las largas horas monótonas de viaje en medio del traquetear del camino, mientras la noche caía y luego, en la profunda oscuridad del coche, prosiguió, con una obstinación feroz, su tarareo vengador y monótono, que compelia a los ánimos rendidos y exasperados, a seguir el canto del principio al fin y a recordar cada palabra correspondiente a cada compás.

Bola de sebo seguía llorando; y de cuando en cuando, un sollozo que no podía contener se dejaba oír entre dos estrofas, en medio de las tinieblas.

(16 de abril de 1880)

(*) En la época de Maupassant, la Marsellesa no era aún el himno nacional francés.

Una excursión al campo

Cinco meses atrás, habían proyectado ir a almorzar a los alrededores de París el día del cumpleaños de la señora Dufour, quien se llamaba Petronila. Y, como habían estado aguardando con impaciencia esta excursión, se levantaron muy temprano esa mañana.

El señor Dufour había pedido prestado el coche al lechero y conducía él mismo. El carricoche de dos ruedas estaba muy bien cuidado; tenía un techo sujeto por cuatro montantes de hierro de los que pendían cortinas, las que habían sido levantadas para contemplar el paisaje. Solo la de atrás flotaba al viento, como una bandera. La señora, al lado de su marido, estaba a sus anchas en un extraordinario vestido de seda ceceza. Detrás, sobre dos sillas, se hallaban una vieja abuela y una muchacha; y además, se distinguía la cabellera rubia de un muchacho que, sin asiento, se había tendido al fondo y del cual aparecía solo la cabeza.

Luego de recorrer la avenida de los Campos Elíseos y atravesar las fortificaciones de la puerta Maillot, se pusieron a contemplar la comarca.

Al llegar al puente de Neuilly, el señor Dufour dijo:

—¡Aquí está el campo, por fin!

Y, ante aquella señal, su mujer se enterneció con la naturaleza. En el cruce de Courbevoie, se sintieron sobrecogidos de admiración ante la extensión de los horizontes. Lejos; hacia la derecha, se veía Argenteuil, con su campanario erguido; por encima, aparecían las lomas de Sannois y el Molino de Orgemont. A la izquierda, el acueducto de Marly se dibujaba sobre el cielo claro de la mañana y se percibía, también, en la lejanía, la terraza de Saint-Germain; mientras, en frente, al final de una cadena de colinas, las tierras removidas indicaban la presencia del nuevo fuerte de Cormeilles. Al fondo de todo,

a formidable distancia, por sobre llanuras y aldeas, se entreveía un oscuro verdor de bosques.

El sol comenzaba a quemar los rostros; el polvo se metía continuamente en los ojos y, a ambos lados del camino, se extendía un campo interminablemente desnudo, sucio y hediondo. Era como si una lepra lo hubiera asolado, corroyendo hasta las casas, pues esqueletos de edificaciones ruinosas y abandonadas, o bien pequeñas cabañas sin terminar por falta de pago a los empresarios, elevaban sus cuatro paredes sin techo.

Aquí y allá, brotaban del suelo estéril altas chimeneas de fábricas, única vegetación de aquellos campos pútridos en los que la brisa de primavera arrastraba un olor de petróleo y de esquistos, mezclado con otro olor aún menos agradable.

Por fin, cruzaron el Sena por segunda vez y, sobre el puente, se produjo un momento de encantamiento. El río estallaba de luz; un vaho se elevaba, absorbido por el sol, y se experimentaba una dulce quietud, un fresco bienestar al respirar, por fin, un aire más puro, no barrido por las negras humaredas de las fábricas ni por las miasmas de los basureros.

Un hombre que pasaba había dicho que la región se llamaba Bezons.

El coche se detuvo y el señor Dufour comenzó a leer el atractivo letrero de una bodega: «Restaurante Poulin: pescado a la marinera y frito, salones de sociedad, bosquecillos y hamacas».

—¡Y bien, señora Dufour! ¿Te parece bien? ¿Te decidirás, por fin?

La mujer, leyó a su vez: «Restaurante Poulin, pescado a la marinera y frito, salones de sociedad, bosquecillos y hamacas».

Luego, observó la casa durante largo rato.

Era una posada de campaña, blanca, plantada en el borde del camino. Por la puerta abierta, se veía el zinc brillante del mostrador, ante el cual se encontraban dos obreros endominados.

Por fin, la señora Dufour se decidió:

—Sí, está bien —dijo— además hay buena vista.

El coche penetró en un amplio terreno, sembrado con grandes árboles, que se extendía detrás de la posada y que se hallaba separado del Sena solo por el camino costero.

Entonces, descendieron. El primero en saltar fue el marido, quien luego abrió los brazos para recibir a su esposa. El escalón, sostenido por dos barras de hierro, quedaba muy lejos, de manera que, para alcanzarlo, la señora Dufour tuvo que mostrar el extremo de su pierna, cuya primitiva fineza desaparecía en el presente bajo una invasión de grasa que caía desde los muslos.

El señor Dufour, a quien el campo ya estaba poniendo chispeante, le pellizó con fuerza la pantorrilla y, enseguida, tomándola en sus brazos, la depositó pesadamente en tierra como un enorme fardo.

Ella se sacudió el vestido de seda con la mano para quitarse el polvo y luego observó el paraje donde se encontraba.

Era una mujer de alrededor de treinta y seis años, abundante de carnes, expansiva y divertida. Respiraba con dificultad, estrangulada violentamente por la opresión de su corsé excesivamente ajustado y la presión de ese artefacto hacía refluir, sobre su doble mentón, la fluctuante masa de su busto superabundante.

Enseguida, fue la jovencita la que, apoyando su mano sobre el hombro de su padre, saltó ágilmente ella sola. El muchacho del cabello rubio había bajado poniendo el pie en la rueda y ayudó al señor Dufour a descargar a la abuela.

Después desengancharon el caballo, al que ataron a un árbol y el coche cayó sobre su nariz con ambas varas en tierra. Los hombres se quitaron las levitas, lavaron sus manos en un cubo de agua y se reunieron con las damas, ya instaladas en los columpios.

La señorita Dufour trataba de balancearse de pie, sola, sin llegar a darse un impulso suficiente. Era una bella muchacha de diez y ocho a veinte años; una de esas mujeres que despiertan súbitos deseos si la encontramos por la calle y que nos dejan hasta la noche una vaga inquietud y una excitación en los sentidos. Alta, de talla delgada y anchas caderas, tenía

la piel muy morena, los ojos muy grandes, los cabellos muy negros. Su vestido dibujaba claramente la firme plenitud de sus carnes, que ella acentuaba más aún al mantener su espalda bien erguida. Sus brazos extendidos sostenían las cuerdas por sobre la cabeza de tal manera que su busto se alzaba, sin una sacudida, a cada nuevo impulso. Su sombrero, llevado por un golpe de viento, había caído tras ella; y el columpio subía más y más, dejando ver, en cada vuelta, sus piernas finas hasta la rodilla y arrojando a la cara de los hombres, que la miraban riendo, el perfume de sus enaguas, más embriagante que los vapores del vino.

Sentada sobre el otro balancín, la señora Dufour exclamaba en forma monótona y continuada:

—Cipriano, ven a empujarme: ¡Ven a empujarme, Cipriano! Finalmente, él fue y con la camisa remangada, como antes de iniciar un trabajo, puso a su mujer en movimiento con infinito esfuerzo.

Aferrada de las cuerdas, mantenía sus piernas rectas para no chocar contra el suelo y disfrutaba aparentando marearse con el vaivén del aparato. Sus formas, al sacudirse, trepidaban continuamente como la jalea en un plato. Pero, a medida que los impulsos aumentaban, fue presa del vértigo y el miedo. En cada descenso, profería un grito agudo que hacía acudir a todos los chiquillos de la zona y, allá abajo, delante de ella, por sobre la valla del jardín, distinguía vagamente una colección de caras de pillos a las que las risotadas provocaban toda clase de muecas.

Una sirvienta se hizo presente y ordenaron el almuerzo.

—Pescado frito del Sena, un conejo saltado, una ensalada y postre —dictó la señora Dufour con aire importante.

—Traiga dos litros y una botella de bordeaux(*) —dijo su marido.

—Comeremos sobre la hierba —agregó la muchacha.

La abuela se sintió poseída por un ataque de ternura al ver el gato de la casa y lo persiguió inútilmente durante diez minutos,

(*) En Francia, cuando se piden uno o dos litros, sin especificar la clase de bebida, se trata siempre de agua mineral.

dedicándole los más dulces llamados. El animal, interiormente halagado, sin duda por aquellas zalamerías, se mantenía siempre cerca de las manos de la buena señora, pero, sin dejarse alcanzar y dando, tranquilamente, vuelta a los árboles, se frotaba contra ellos, con cola erecta, ronroneando de placer.

—¡Miren! —gritó de pronto el joven de los cabellos rubios, quien se hallaba husmeando por el lugar— ¡ahí hay dos barcos de primera!

Acudieron a mirar. Dentro de un pequeño hangar de madera, se hallaban suspendidas dos soberbias canoas de remo, finas y terminadas como muebles de lujo. Descansaban, lado a lado, semejantes a dos delgadas y atractivas muchachas con su porte estrecho y deslumbrante, y despertaban deseos de deslizarse por el agua en los hermosos atardeceres tibios o en las claras mañanas de verano, de rozar las riberas florecidas en las que árboles enteros remojan sus ramas en el agua, donde palpita el perenne temblor de las cañas y se lanzan al vuelo, como destellos azulados, los veloces martín-pescadores.

Toda la familia las contemplaba con reverencia.

—¡Ah! ¡eso sí es de primera! —repitió, gravemente, el señor Dufour.

Y, en actitud de conocedor, hizo su descripción. Él también había sido remero en sus mocedades, decía; tendrían que haberlo visto en acción —y hacía el ademán de remar—, era imbatible. En regatas, había dado más de una paliza a los ingleses, tiempo atrás, en Joinville; y bromeó respecto al nombre «damas» con el que designan a los soportes que sujetan a los remos, explicando que, por eso, se dice que los canoeros nunca salen a navegar sin sus «damas». Quedó sin aire de tanto perorar, obstinadamente dispuesto a apostar que, con un bote como aquel, podría hacer seis leguas por hora sin apresurarse.

—Está pronto —anunció la sirvienta, que apareció en la entrada.

Todos se precipitaron; pero se encontraron con que el mejor sitio, el que había escogido mentalmente la señora Dufour para instalarse, ya se hallaba ocupado por dos jóvenes

que almorzaban. Eran los propietarios de las canoas, sin duda, pues vestían ropas de remeros.

Estaban tendidos sobre las sillas, casi acostados. Tenían la cara ennegrecida por el sol y el pecho cubierto solo por una delgada malla de algodón blanco que dejaba pasar sus desnudos brazos, robustos como los de unos herreros. Eran dos sólidos mocetones, que posaban de muy fuertes, pero que exhibían en sus movimientos esa gracia elástica de los miembros que ha sido adquirida por medio del ejercicio, tan diferente de la deformación que imprime al obrero el esfuerzo penoso, siempre idéntico.

Al ver a la madre, intercambiaron rápidamente una sonrisa y, luego, una mirada al descubrir a la hija.

—Dejémosles el lugar —dijo uno— así entablaremos conversación.

El otro, enseguida, se puso de pie y, con su boina mitad roja y mitad negra en la mano, ofreció con caballerosidad ceder a las damas el único lugar del jardín en el que no daba el sol. Aceptaron, confundiéndose en cumplidos; y, para que aquello fuese más campestre, la familia se instaló sobre la hierba sin mesa ni asientos.

Los jóvenes llevaron su mantel algo más lejos y prosiguieron comiendo. Sus desnudos brazos, que exhibían sin cesar, ponían algo confusa a la muchacha. Afectaba volver el rostro y no notarlos, mientras que la señora Dufour, más atrevida, y atraída por una curiosidad femenina que, tal vez, era deseo, los miraba en todo instante, comparándolos, sin duda con pesar, con las secretas fealdades de su marido.

Se había desparramado sobre el pasto, con las piernas replegadas a la manera de los sastres y se zarandeaba continuamente, con el pretexto de que las hormigas se le habían metido por algún lado. El señor Dufour, a quien la presencia y amabilidad de los extraños habían vuelto áspero, buscaba una postura cómoda que, por otra parte, no encontraba y el muchacho de los cabellos rubios comía silenciosamente, como un ogro.

—Hace un tiempo muy hermoso, señor —dijo la obesa señora a uno de los canoeros. Como le habían cedido el lugar, quería mostrarse amable.

–Sí, señora –respondió él–. ¿Vienen seguido al campo?

–¡Oh! Una o dos veces al año, solo para tomar aire. ¿Y usted, señor?

–Vengo a dormir todas las noches.

–¡Ah, debe ser muy agradable!, ¿verdad?

–Sí, por cierto, señora.

Y describió su vida de cada día, poéticamente, de manera de hacer vibrar en el corazón de aquellos burgueses, privados de pasto y hambrientos de paseos al aire libre, ese amor salvaje por la naturaleza que les obsesiona durante todo el año tras el mostrador de su tienda.

La muchacha, emocionada, levantó los ojos y observó al canoero. El señor Dufour, habló por primera vez:

–Eso es vida –dijo. Y agregó–: ¿un poco más de conejo, querida?

–No, gracias, amigo mío.

Ella se dirigió, nuevamente, a los jóvenes y, señalando sus brazos, dijo:

–¿Nunca tienen frío, así?

Ambos echaron a reír y asustaron a la familia con la descripción de sus prodigiosos esfuerzos, de sus baños en plena transpiración, de sus caminatas nocturnas entre la niebla y se palmearon con fuerza el pecho para demostrar el sonido que producía.

–¡Ah, ustedes tienen aspecto sólido! –dijo el marido, que ya no hablaba del tiempo en que daba palizas a los ingleses.

Ahora, la muchacha los examinaba de reojo y el muchacho de cabellos rubios, que se había atorado con la bebida, tosía desafortadamente, regando el vestido de seda cereza de la matrona, quien, enojada, hizo traer agua para lavar las manchas.

Mientras tanto, la temperatura se hacía terrible. El río brillaba como un horno de calor y los vapores del vino subían a la cabeza.

El señor Dufour, sacudido por un violento hipo, había desabrochado su chaleco y el primer botón del pantalón, mientras su mujer, presa de sofocos, desprendía su vestido, poco a poco.

El aprendiz mecía con aire despreocupado su alborotado pelo amarillo y se dedicaba a beber trago tras trago. La abuela, que se sentía achispada, se mantenía muy derecha y muy digna. En cuanto a la joven, nada dejaba entrever; solo su mirada brillaba ligeramente y su piel, muy morena, se coloreaba en las mejillas con un tinte más rosado.

El café los puso a punto. Propusieron cantar y cada uno dijo su cuplé, aplaudido frenéticamente por los demás. Después se levantaron con dificultad y, mientras las dos mujeres aturdidas, tomaban aire, los dos hombres, completamente borrachos, hacían gimnasia. Pesados, flácidos y con el rostro encarnado, se colgaban con torpeza de los anillos sin lograr elevarse, y sus camisas amenazaban, continuamente, salirse de los pantalones para flamear al viento como estandartes.

Entretanto, los remeros habían echado al agua sus canoas y volvieron con delicadeza, a invitar a las damas para dar un paseo por el río.

—Señor Dufour ¿no quieres? ¡te lo suplico! —gritó su mujer.

Él la miró con aire de ebrio, sin comprender. Entonces uno de los remeros se aproximó, con dos líneas de pescar en la mano. La esperanza de pescar un gobio, ese ideal de todo tendero, brilló en los apagados ojos del buen hombre, que dejó hacer lo que quisiesen y se instaló a la sombra, bajo el puente, con los pies balanceándose sobre la corriente, junto al joven de cabellos rubios, que se durmió a su lado.

Uno de los remeros se sacrificó: llevó a la madre.

—¡Al bosquecillo de la isla de los Ingleses! —gritó, mientras se alejaban.

La otra canoa iba más lentamente. El remador miraba en tal forma a su compañera que no pensaba en nada más y se había apoderado de él una emoción que paralizaba su vigor.

La muchacha, sentada en el sillón del timonel, se dejaba llevar por el placer de navegar. Se sentía invadida por deseos de no pensar, de mantener en quietud sus miembros, en un abandono de sí misma; como poseída por una completa ebriedad. Se había sonrojado intensamente y su respiración era rápida. Por los mareos del vino, ampliados por el calor

torrencial que chorreaba a su alrededor, todos los árboles de la orilla la saludaban a su paso. Una confusa necesidad de gozar, una fermentación de la sangre, recorrían su carne excitada por los ardores de ese día; y la perturbaba, además, aquel estar cara a cara, sobre el agua, en medio de un paraje desierto bajo el incendio del cielo, con ese joven que la encontraba hermosa, cuya mirada le besaba la piel y cuyo deseo era penetrante como el sol.

No osaban hablar, lo cual aumentaba su nerviosismo, y contemplaban los alrededores. Entonces, haciendo un esfuerzo, él le preguntó su nombre.

–Enriqueta –dijo ella.

–¡Mire usted! ¡Yo me llamo Enrique! –replicó él.

El sonido de sus voces los había tranquilizado; dedicaron su atención al río. La otra canoa se había detenido y parecía aguardarlos. El que la conducía, gritó:

–Nos reuniremos en el bosque, vamos hasta Robinson, porque la señora tiene sed.

Después se inclinó sobre los remos y se alejó tan rápidamente que pronto se perdió de vista.

Mientras tanto, un murmullo continuo, que se oía confusamente desde hacía un rato, se aproximaba rápidamente. El río mismo parecía vibrar como si el ruido sordo subiese desde sus profundidades.

–¿Qué es eso que se escucha? –preguntó ella.

Era la caída de agua de la presa que cortaba en dos al río sobre el extremo de la isla. Él se extendía en una explicación cuando, en medio del fragor de la cascada, el canto de un pájaro que parecía muy lejano, les llamó la atención:

–Mira –dijo él– los ruiseñores cantan de día: quiere decir que las hembras están empollando.

¡Un ruiseñor! Ella nunca había escuchado a ninguno y la sola idea la hizo imaginar visiones de poéticas ternuras. ¡Un ruiseñor! Es decir, el invisible testigo de las citas de amor que Julieta invocaba en su balcón; esa música celestial, símbolo de los besos de los hombres, ¡ese eterno inspirador de todos

los lánguidos romances que despiertan un ideal azul a los pobres y pequeños corazones de las jovencitas enternecidas!

Y ahora, iba a escuchar a un ruiseñor.

—No hagamos ruido —dijo su compañero— bajaremos en el bosque y podremos sentarnos muy cerca de él.

La canoa parecía deslizarse. Los árboles se veían sobre la isla, cuyas riberas eran tan bajas que la mirada penetraba hasta lo más denso de la espesura. Se detuvieron: el bote fue amarrado y, Enriqueta, apoyándose en el brazo de Enrique, avanzó entre las ramas.

—Agáchese —dijo él.

Se agachó y penetraron en un intrincado follaje de lianas, hojas y cañaverales, en un recóndito refugio que era preciso conocer y al que el joven llamaba, riendo, su «gabinete particular».

Exactamente sobre sus cabezas, posado en uno de los árboles que los abrigaban, el ave seguía desgañitándose. Lanzaba trinos y gorjeos, luego emitía largos sonidos vibrantes que llenaban el aire y parecían perderse en el confín, extendiéndose a lo largo del río y volando por sobre las llanuras a través del silencio de fuego que aplastaba la campiña.

No hablaban por temor a hacerlo huir. Estaban sentados, el uno junto al otro y, lentamente, el brazo de Enrique rodeó el talle de Enriqueta y la envolvió con suave presión. Ella, sin enojo, tomó esa mano audaz, y la alejaba sin cesar, a medida que se volvía a aproximar, sin experimentar, por otra parte timidez alguna por esta caricia como si hubiese sido algo muy natural, que rechazaba con la misma naturalidad.

Ella escuchaba al pájaro, sumida en éxtasis. Sentía infinitos deseos de felicidad, de ser traspasada por repentinas ternuras, por revelaciones de poesía sobrehumanas, y una laxitud tal en los nervios y el corazón, que lloraba sin saber por qué. El joven la estrechaba contra él, ahora; ella no lo rechazaba ya, no pensaba.

Súbitamente, el ruiseñor calló. Una voz lejana gritó:

—¡Enriqueta!

—No contestes —dijo él muy bajo— harías volar al pájaro.

Ella tampoco pensaba siquiera en contestar.

Permanecieron cierto tiempo así. Por alguna parte se hallaba sentada la señora Dufour, pues, de tanto en tanto, se escuchaban confusamente los pequeños gritos de la obesa dama que, sin duda, hacía travesuras con el otro remero.

La muchacha seguía llorando, embebida por sensaciones muy dulces, con su piel cálida recorrida por un cosquilleo desconocido. La cabeza de Enrique se hallaba sobre su hombro y, repentinamente, la besó en los labios. Ella reaccionó con furia y, para evitarlo, se echó de espaldas. Pero él se arrojó sobre ella, cubriéndola con todo su cuerpo. Persiguió largo rato aquella boca que le rehuía, luego, juntándolas, la unió con la suya. Entonces, enloquecida por un formidable deseo, ella le entregó su beso estrechándolo sobre su pecho, y toda su resistencia cayó como aplastada por un peso demasiado grande.

Todo era calma alrededor. El pájaro volvió a cantar. Primero, lanzó tres notas penetrantes que parecían un llamado de amor, luego, después de un momentáneo silencio, comenzó con voz más débil unas modulaciones muy lentas.

Corría una blanda brisa, elevando un murmullo de hojas y, en la profundidad de las ramazones, dos ardorosos suspiros se mezclaron con el canto del ruiseñor y el aliento leve del bosque.

Un frenesí invadió al pájaro y su voz, acelerándose poco a poco como un incendio que se extiende o una pasión que crece, parecía acompañar un crepitar de besos bajo el árbol. Luego, el delirio alegre de su garganta se desencadenó incontrolado. Sobre una sola nota, había prolongados desmayos y grandes espasmos melodiosos.

A veces, descansaba un instante, dejando escapar solo dos o tres sonidos leves a los que daba fin, súbitamente, con una nota sobreaguda. O bien, iniciaba una loca acometida, con saltos de gamo, estremecimientos, sacudidas, como un furioso canto de amor, seguido por gritos de triunfo.

Pero calló, al escuchar debajo de él un gemido tan profundo que habría podido ser comparado con un adiós postrero. El sonido se prolongó unos instantes y terminó en un sollozo.

Ambos estaban muy pálidos, al abandonar su lecho vegetal. El cielo azul les parecía oscurecido; el sol ardiente

se había apagado a sus ojos; sentían la soledad y el silencio. Caminaban rápidamente, el uno junto al otro, sin hablarse, sin tocarse, pues parecían haberse convertido en enemigos irreconciliables, como si una sensación de disgusto se hubiese levantado entre sus cuerpos, un odio entre sus espíritus.

De a ratos, Enriqueta gritaba:

—¡Mamá!

Se produjo un tumulto bajo un matorral. Enrique creyó ver una enagua blanca que era, rápidamente, bajada sobre una gruesa pantorrilla; y la enorme dama apareció, algo confusa y más sonrojada aún, con la mirada muy encendida y el busto agitado, demasiado próxima a su vecino, quizá. Este, debía haber visto cosas muy divertidas, pues su rostro estaba arrugado por risas repentinas, que lo sacudían pese a él.

La señora Dufour tomó su brazo con aire tierno y volvieron a los botes. A Enrique, que caminaba adelante, siempre mudo, junto a la muchacha, de pronto le pareció escuchar un gran beso ahogado.

Al fin, regresaron a Bezons.

El señor Dufour, ya sobrio, estaba impaciente. El joven de los cabellos rubios comía algo antes de abandonar la posada. El coche se hallaba enganchado en la entrada y la abuela, ya ubicada, se lamentaba pues temía que la noche les sorprendiera en el llano, ya que los alrededores de París no eran seguros.

Se estrecharon las manos y la familia Dufour partió.

—¡Hasta pronto! —gritaron los canoeros.

Tuvieron por respuesta, un suspiro y una lágrima.

Dos meses después, al pasar por la calle de Los Mártires, Enrique leyó sobre una puerta: «Dufour, ferretero».

Entró.

La obesa señora se apoyaba sobre el mostrador. Se reconocieron de inmediato y, luego de mil cumplidos, él preguntó:

—¿Y cómo está la señorita Enriqueta?

—Muy bien, gracias, se ha casado.

—¡Ah...!

Sintió una fuerte emoción, y agregó:

–Y ¿con quién?

–Y, con el joven que nos acompañaba, ¿recuerdas? Es él quien se ha hecho cargo.

–¡Ah! Muy bien.

Se retiraba, muy triste, aunque sin saber bien por qué. La señora Dufour lo llamó.

–¿Y su amigo? –dijo, tímidamente.

–Está bien.

–Mándeles nuestro saludo. Y cuando esté por aquí dígame que venga a vernos... –se ruborizó y agregó–: Dígame que me agradecerá mucho.

–No lo olvidaré. ¡Adiós!

–No... ¡Hasta pronto!

Al año siguiente, un domingo muy caluroso, todos los detalles de esta aventura, que Enrique nunca había olvidado, volvieron a él súbitamente, tan claros y provocativos, que regresó solo a su refugio del bosque.

Quedó estupefacto al entrar... Allí estaba ella, sentada sobre la hierba, con aspecto triste, mientras a su lado, siempre en mangas de camisa, su marido, el joven de los cabellos rubios, dormía concienzudamente como un bruto.

Quedó tan pálida al ver a Enrique que él pensó que se iba a desmayar. Luego, se pusieron a conversar con naturalidad, como si nada hubiese ocurrido entre ellos.

Pero cuando él le dijo que amaba mucho aquel rincón y que venía a menudo a descansar los domingos, recordando muchas cosas, ella lo miró a los ojos fijamente.

–Yo me acuerdo todas las noches –dijo ella.

–Vamos, mi querida –dijo, bostezando, su marido– creo que es hora de irse.

(2 de abril/9 de abril de 1881)



La madre Salvaje

A Georges Pouchet

I

Hacia quince años que no volvía a Virèlogne. Regresé para cazar en otoño, a lo de mi amigo Serval, que por fin había hecho reconstruir su castillo, destruido por los prusianos.

Me gustaba enormemente esa región. Es uno de esos deliciosos rincones del mundo que guardan un encanto sensual para la vista. Los amamos con un amor físico. Quienes nos sentimos seducidos por la tierra, conservamos tiernos recuerdos de ciertos manantiales, ciertos bosques, ciertos estanques, ciertas colinas, a los que hemos visto a menudo, y que nos conmovieron tanto como los acontecimientos felices. A veces, incluso, el pensamiento vuelve hacia algún rincón del bosque, o a la desembocadura de un arroyo o a un vergel tachonado de flores a los que hemos visto una sola vez, en un día feliz, y han quedado en nuestro corazón como esas imágenes de mujeres encontradas por la calle, una mañana de primavera, con un vestido claro y transparente y que nos dejan en el alma y en la carne un deseo incontenible, inolvidable, la sensación de la felicidad avizorada.

De Virèlogne me gustaba toda la campiña, sembrada por pequeños bosques y atravesada por arroyos que corrían como venas que llevan su sangre a la tierra. En ellos se pescaban cangrejos, truchas y anguilas. ¡Placer de dioses! Había lugares en los que uno se podía bañar y, a menudo, entre las altas hierbas que se agolpaban en las orillas de aquellas delgadas corrientes, era posible encontrar agachadizas.

Yo marchaba, ágil como una cabra, observando cómo mis dos perros hurgaban delante de mí. Cien metros a mi derecha, Serval rastreaba un campo de alfalfa. Rodeando los matorrales

que forman el límite del bosque de Saudres, descubrí una choza en ruinas.

De pronto, la recordé tal cual la había visto por última vez, en 1869, limpia, rodeada de viñedos, con las gallinas ante su puerta. ¿Qué más triste que una vivienda muerta, con su esqueleto en pie, arruinado, siniestro?

Recordé también que allí una buena mujer me había dado a beber un vaso de vino, un día de gran cansancio y que entonces Serval me había contado la historia de sus moradores. Al padre, veterano cazador furtivo, lo habían matado los gendarmes. El hijo, al cual yo había visto antes, era un muchacho grande y enjuto que tenía fama, asimismo, de ser un feroz depredador de la caza. Les llamaban los Sauvage.^(*)

¿Era un apellido o un apodo?

Llamé a voces a Serval. Se aproximó con sus grandes pasos de ave zancuda.

Le pregunté:

—¿Qué ha sido de esta gente?

Y me relató esta aventura.

II

Al declararse la guerra, Sauvage hijo, que tenía entonces treinta y tres años, se alistó, dejando a la madre sola en la morada. A la vieja no se la compadeció demasiado, porque tenía dinero, según se sabía.

Quedó, pues, absolutamente sola en esta casa aislada y muy alejada de la aldea, sobre el linde del bosque. No tenía miedo y, por otra parte, era de la misma raza que sus hombres, una vieja dura, alta y delgada, que no reía casi nunca y con la cual no se podía bromear. Por lo demás, las mujeres del campo apenas ríen. ¡Eso es cosa de hombres! Ellas tienen un alma triste y limitada, pues llevan una vida monótona y sin brillo. El campesino adquiere un poco de ruidosa alegría en la taberna, pero su compañera permanece seria, con una

(*) Sauvage: salvaje, en francés.

fisonomía constantemente severa. Los músculos de su cara no aprenden nunca los movimientos de la risa.

La madre Sauvage prosiguió su existencia ordinaria en su choza, la cual fue pronto cubierta por la nieve. Una vez por semana, iba a la aldea a comprar pan y algo de carne; luego regresaba a su casucha. Como se decía que había lobos, salía con el fusil al hombro, el fusil de su hijo, herrumbrado, con la culata gastada por el roce de la mano y había que ver, a la gran Sauvage, un poco encorvada, cuando marchaba a lentas zancadas en la nieve, con el cañón de su arma sobresaliendo por sobre su cofia negra que le envolvía la cabeza y aprisionaba sus cabellos blancos, que nadie había visto nunca.

Un día llegaron los prusianos. Fueron distribuidos entre los habitantes, según la fortuna y los recursos de cada uno. A la vieja, a la que se sabía rica, le tocaron cuatro.

Eran cuatro jóvenes robustos de piel blanca, barba rubia, ojos azules, que se conservaban rollizos pese a las fatigas que ya habían pasado, y eran buenos muchachos aunque se hallasen en territorio conquistado. Solos en casa de esta mujer anciana, se mostraron llenos de atenciones hacia ella, evitándole, todo cuanto pudieron, trabajos y gastos. Se les podía ver a los cuatro, por la mañana, lavándose alrededor del pozo, en mangas de camisa, mojando con abundante agua, en los crudos días nevados, su piel blanca y rosada de hombres del norte, mientras la madre Sauvage iba y venía preparando la comida. Luego se les veía limpiar la cocina, refregar los pisos, cortar leña, pelar las papas, lavar la ropa blanca, realizar todas las tareas de la casa, como cuatro buenos hijos en torno a su madre.

Pero la anciana recordaba sin cesar al suyo, grande y flaco, con su gran nariz ganchuda, sus ojos marrones, su abundante bigote que formaba un burlete de pelos negros sobre los labios. Todos los días, preguntaba a cada uno de los soldados instalados en su hogar:

—¿No saben ustedes hacia dónde fue el regimiento francés n.º 23? Mi hijo está en él.

Contestaban ellos:

—No, no sabemos. No sabemos nada.

Y, comprendiendo su pena e inquietud, ellos, que también tenían madres lejanas, le dedicaban mil pequeñas atenciones. Ella quería, por otra parte, a sus cuatro enemigos, pues los campesinos apenas conocen odios patrióticos; eso pertenece a las clases superiores. Los humildes son aquellos que más aportan, puesto que son pobres, y cualquier nueva carga los abrumba, aquellos a quienes matan en masa, que constituyen la verdadera carne de cañón, pues son los más numerosos, aquellos, en fin, que sufren con mayor crueldad las atroces miserias de la guerra, pues son los más débiles y menos resistentes, casi no comprenden esos ardores belicosos, esos sensibles arrebatos del honor y esas supuestas combinaciones políticas que en seis meses dejan exhaustas a dos naciones, tanto a la vencedora como a la vencida.

Al hablar de los alemanes de la madre Sauvage, se decía en la región:

—Esos cuatro consiguieron buen albergue.

Pues bien, cierta mañana, hallándose sola la anciana en su vivienda, vio, a lo lejos, en la llanura, a un hombre que venía hacia su casa. Pronto lo reconoció, era el peón encargado de distribuir las cartas. Le entregó una hoja doblada y ella sacó de su estuche los anteojos que usaba para coser, y leyó:

«Señora Sauvage: la presente es para hacerle saber una triste noticia. Su hijo Víctor fue muerto ayer por una bala de cañón, la cual, prácticamente, le partió en dos. Me he apresurado, pues nos hallábamos juntos en la misma compañía y me había pedido que le advirtiese el mismo día en caso de ocurrirle algo.

Tomé de su bolsillo el reloj, para llevárselo cuando termine la guerra.

Le saluda, con amistad

CESAIRE RIVOT,
soldado de segunda en el 23 en marcha».

La carta había sido fechada tres semanas atrás. No lloraba. Permanecía inmóvil, sobrecogida, tan atontada, que

ni sufría aún. Pensaba: «Así que ahora Víctor está muerto». Luego, poco a poco, las lágrimas se agolparon en sus ojos y el dolor invadió su corazón. Los recuerdos le llegaban uno a uno, horribles, torturantes. ¡No lo besaría más, a su hijo, a su querido, nunca más! Los gendarmes habían matado al padre, los prusianos habían matado al hijo... Había sido partido en dos por una bala. Le parecía ver aquello; aquella cosa horrible: la cabeza caída, los ojos abiertos, mientras se mordía la punta de sus grandes bigotes, como solía hacerlo en los momentos de ira.

Y luego ¿qué habían hecho con su cuerpo? Si, al menos, le hubieran devuelto a su hijo, como le habían devuelto a su marido con la bala en medio de la frente...

Pero escuchó sonido de voces. Eran los prusianos que regresaban de la aldea. Escondió, rápidamente, la carta en su bolsillo y los recibió tranquila, con su rostro de siempre, luego de apresurarse a enjugar sus ojos.

Los cuatro reían encantados, pues traían un hermoso conejo, robado, sin duda, y hacían gestos a la vieja de que comerían algo bueno.

Ella se puso, enseguida, a preparar el almuerzo; pero, cuando hubo que matar al conejo, le faltó el ánimo. ¡Y, no obstante, no era el primero! Uno de los soldados lo terminó de un puñetazo detrás de las orejas.

Muerto el animal, ella dejó al descubierto la roja carne sacándole la piel; pero ante la sangre que palpaba, que le cubría las manos, sangre tibia que sentía enfriarse y coagularse, tembló de pies a cabeza; y volvió a ver su cuerpo grande partido en dos, también enrojecido, como ese animal todavía palpitante.

Se sentó a la mesa con los prusianos, pero no pudo comer ni un bocado. Devoraron el conejo sin preocuparse por ella. Los miraba de reojo, sin hablar, madurando una idea y con el rostro tan impasible que no se dieron cuenta de nada.

De pronto, preguntó:

—Hace ya un mes que estamos juntos y ni siquiera sé sus nombres.

No sin dificultad, comprendieron lo que quería decir y le dijeron sus nombres. Pero no se sintió satisfecha y se le hizo escribir en una hoja, con la dirección de sus familias; poniéndose los anteojos sobre su gran nariz, contempló aquella escritura desconocida, luego dobló la hoja y la guardó en su bolsillo, sobre la carta que le anunciaba la muerte de su hijo.

Cuando terminaron de comer, dijo a los hombres:

—Voy a hacer algo por ustedes.

Y se puso a subir heno al granero en el que dormían. Se sorprendieron por aquel trabajo; ella les explicó que así tendrían menos frío y ellos la ayudaron. Apilaron los haces hasta el techo de paja y construyeron de esa forma una especie de recámara con cuatro paredes de forraje, cálida y olorosa, donde dormirían a las mil maravillas.

Durante la cena, uno de ellos se preocupó al ver que la madre Sauvage tampoco comía bocado. Ella afirmó que sentía dolores de estómago. Después encendió un buen fuego para calentarse y los cuatro alemanes subieron a su cobertizo por la escalera que utilizaban todas las noches.

No bien cerraron la puerta trampa, la vieja quitó la escalera, luego abrió, sin hacer ruido, la puerta exterior y volvió a buscar haces de paja con los cuales llenó la cocina. Andaba descalza en la nieve, tan suavemente que nada se oía. De tanto en tanto, escuchaba los ronquidos sonoros y desiguales de los cuatro soldados alemanes.

Cuando estimó que sus preparativos eran suficientes, arrojó al fuego uno de los haces y, cuando se encendió, lo esparció sobre los demás; luego volvió a salir y observó.

Una violenta claridad iluminó en pocos segundos todo el interior de la choza, enseguida aquello fue una espantosa hoguera, un gigantesco horno ardiente, cuya luminosidad brotaba por la estrecha ventana y arrojaba sobre la nieve un rayo deslumbrante.

A poco, un gran grito partió de lo alto de la casa y enseguida, todo fue un clamor de alaridos humanos, de llamados desgarradores de angustia y horror. Luego, al hundirse adentro la puerta trampa, un torbellino de fuego se avalanzó sobre

el granero, horadó el techo de paja, subió al cielo como una inmensa llamarada de antorcha y toda la choza ardió.

En el interior ya no se oía sino el crepitar del incendio, el resquebrajarse de los muros, el hundimiento de las vigas. De repente, el techo se hundió y el ardiente armazón de la vivienda arrojó al aire, en medio de una nube de humo, un enorme penacho de chispas.

El campo, blanco, iluminado por el fuego, brillaba como un manto de plata teñido de rojo.

A lo lejos, una campana rompió a sonar.

La vieja Sauvage permanecía erguida ante su morada destruida, armada de su fusil, el mismo de su hijo, para impedir que alguno de los hombres escapase.

Cuando vio que todo había terminado, arrojó su arma al fuego. Resonó una detonación.

Llegó gente, lugareños, prusianos, encontraron a la mujer sentada sobre un tronco de árbol, tranquila y satisfecha.

Un oficial alemán que hablaba el francés como un hijo de Francia, le preguntó:

—¿Dónde están sus soldados?

Ella extendió su brazo flaco hacia el rojo montón del incendio que se extinguía y, con voz firme, respondió:

—¡Allí dentro!

Se apretujaron en torno a ella. El prusiano preguntó:

—¿Cómo empezó el fuego?

Ella articuló:

—Fui yo que lo hice.

No le creyeron, pensaron que el desastre de pronto la había vuelto loca. Entonces, cuando todos la rodeaban con atención, narró todo del principio al fin, desde la llegada de la carta hasta el último grito de los hombres, quemados con su casa. No olvidó un solo detalle de lo que había sentido ni de lo que había hecho.

Cuando terminó, extrajo de su bolsillo dos papeles y, para distinguirlos a los últimos resplandores del fuego, volvió a ajustarse sus anteojos; luego anunció, exhibiendo uno:

—Esto, es la muerte de Víctor.

Y mostrando el otro, agregó, señalando con su cabeza las ruinas enrojecidas:

–Estos son sus nombres para que escriban a sus casas.

Extendió tranquilamente la hoja blanca al oficial, que la sostenía por los hombros, y continuó:

–Les escribirán diciendo lo que ocurrió y dirán a sus familias que fui yo quien lo hizo: Victoria Simón ¡la Salvaje! No lo olviden.

El oficial vociferó órdenes en alemán. La sujetaron, la arrojaron contra los muros, aún calientes, de su vivienda. Luego, doce hombres se ubicaron en línea, rápidamente, frente a ella, a veinte metros.

Ella ni se movió. Había comprendido; aguardaba.

Resonó una orden seguida, inmediatamente, de una larga detonación. Un último tiro salió solo, después que los otros.

La vieja no cayó. Se derrumbó, como si le hubiesen segado las piernas.

El oficial prusiano se aproximó. Había sido casi cortada en dos y, en su mano crispada, sostenía su carta bañada en sangre.

Mi amigo Serval agregó:

–Fue como represalia que los alemanes destruyeron el castillo de la zona, que era mío.

Yo pensé en las madres de los cuatro buenos muchachos incinerados allí dentro; y en el atroz heroísmo de esa otra madre, fusilada contra aquel muro.

Y recogí una pequeña piedra, aún ennegrecida por el fuego.

(3 de marzo de 1884)

El miedo

El tren surcaba a todo vapor las tinieblas.

Me encontraba solo, frente a un viejo caballero que miraba por la portezuela. Olía intensamente a fenol en ese vagón del PLM^(*) proveniente, sin duda, de Marsella.

Era una noche sin luna, sin aire, quemante. No se veían las estrellas y el hálito del tren a toda velocidad nos daba en la cara como algo cálido, pegajoso, abrumador, irrespirable.

Habíamos salido de París hacía tres horas y nos dirigíamos hacia el centro de Francia sin ver nada de las regiones que atravesábamos.

Aquello fue, de pronto, como una aparición fantástica. En torno a un gran fuego, en un bosque, dos hombres se hallaban de pie.

Vimos esto durante un segundo: nos pareció que se trataba de dos miserables, en harapos, enrojecidos por la claridad deslumbrante de la hoguera, con sus rostros barbudos vueltos hacia nosotros y, a su alrededor, como una decoración de teatro, los verdes árboles, de un verdor claro y brillante, los troncos golpeados por el vivo reflejo de las llamas, el follaje atravesado, penetrado, empapado por la luz que corría por adentro.

Luego todo volvió a ser negro.

¡Fue una visión muy extraña, por cierto! ¿Qué hacían, en aquel bosque, esos dos vagabundos? ¿Por qué aquel fuego en esa noche agobiante?

Mi vecino extrajo su reloj y me dijo:

—Es exactamente medianoche, señor, acabamos de ver algo singular.

(*) PLM: El tren París, Lyon, Marsella.

Estuve de acuerdo y comenzamos a charlar, a indagar qué podrían ser esos personajes: ¿malvivientes que quemaban pruebas o hechiceros que preparaban un filtro? Nadie enciende un fuego así, a medianoche, en pleno verano en un bosque para cocinar sopa. Por lo tanto, ¿qué hacían? No logramos imaginar nada convincente.

Y mi vecino se puso a hablar... Era un anciano, cuya profesión no pude descubrir. Un individuo original, sin duda, muy culto y que daba la impresión de hallarse, tal vez, algo desequilibrado.

Pero, vaya a saberse quiénes son los cuerdos y quiénes los locos, en esta vida en la que, a menudo, habría que llamar necesidad a la razón y genio a la locura.

Decía:

—Estoy contento de haber visto eso. ¡Durante unos minutos he sentido una sensación olvidada!

¡Qué impresionante debió ser la tierra en otros tiempos, cuando era tan misteriosa! A medida que se descorren los velos de lo desconocido, la imaginación del hombre se va desdoblado.

¿No le parece, señor, que la noche está como vacía, y su oscuridad es completamente vulgar, desde que no hay más apariciones?

Se dice: «No más fantasmagorías, no más creencias extrañas, todo lo inexplicado es explicable. Lo sobrenatural desaparece como un lago al que un canal desagota; la ciencia, día a día, hace retroceder los límites de lo maravilloso».

Pues bien, yo, señor, pertenezco a la vieja escuela que quiere creer. Pertenezco a la vieja raza ingenua habituada a no entender, a no investigar, a no saber, que acepta los misterios que nos rodean y que rechaza la verdad simple y clara.

Sí, señor, han despojado a la imaginación develando lo invisible. Nuestra tierra me parece hoy como un mundo abandonado, vacío y desnudo. Se han ido las creencias que la hacían poética. Cuando salgo por la noche ¡querría estremecerme con esa angustia que hace a las viejas santiguarse al pasar junto a los muros de los cementerios y huir a los últimos

supersticiosos ante las extrañas neblinas de los pantanos y los fantásticos fuegos fatuos! Querría creer en ese algo misterioso y terrorífico que uno imagina entre las sombras.

¡Qué sombría y terrible debió ser la oscuridad de las noches del pasado, cuando estaba poblada por seres fabulosos, desconocidos, errabundos malignos, cuyas formas no era posible adivinar, y que provocaban un temor que helaba el corazón, cuyas potencias ocultas sobrepasaban los límites de nuestro entendimiento y cuyo ataque era inevitable! Junto con lo sobrenatural, el verdadero miedo ha desaparecido de la Tierra, pues solo se teme lo que no se comprende. ¡Los peligros visibles pueden conmovier, trastornar, asustar!

¿Y qué es todo eso al lado de la convulsión que provoca en el alma la idea de encontrarse ante un espectro errante, de ser atacado por un muerto, de ver aparecer una de esas bestias espantables que inventó el terror de los humanos? Las tinieblas se me ocurren transparentes desde que ya no son mágicas. Y la prueba de ello se ve en que, si nos hallásemos solos, de pronto, en medio de ese bosque, nos perseguiría más la imagen de los dos extraños seres que acaban de aparecernos a la luz de su hoguera, que el temor de un peligro cualquiera y real.

Repitió:

—Solo se teme lo que no se comprende.

Y, de pronto, un recuerdo me vino a la memoria, el recuerdo de una historia que nos relató Turgueniev, un domingo, en casa de Gustave Flaubert^(*). Creo que la escribió en algún lado, pero no estoy seguro.

Nadie como el gran novelista ruso supo trasmitir al espíritu ese estremecimiento de lo oculto y desconocido y, en la media luz de un cuento extraño, dejar entrever todo un mundo de cosas inquietantes, inciertas, amenazantes.

Con él, sentimos claramente el miedo confuso a lo invisible; ¡el temor a lo desconocido que se encuentra tras la pared, tras la puerta, tras la vida aparente! Con él, nos sentimos,

(*) Iván Turgueniev y Gustave Flaubert eran amigos íntimos de Maupassant.

bruscamente, traspasados por destellos de duda, que alumbran solo a medias, como para aumentar nuestra inquietud.

A veces, parece señalarnos el significado de ciertas raras coincidencias, de inesperadas casualidades, de circunstancias fortuitas en apariencia, pero a las que guiaría una voluntad oculta y siniestra. Con él, creemos percibir un hilo imperceptible que nos guía en forma misteriosa a través de la vida, como a través de un nebuloso sueño cuyo sentido se nos escapa sin cesar.

Él no penetra en lo sobrenatural con osadía, como Edgar Poe o Hoffmann; relata historias simples en las que se mezcla solo algo un poco vago y un poco inquietante.

Y también él, nos dijo aquel día:

—Solo tememos, realmente, a lo que no comprendemos.

Estaba sentado, o más bien hundido, en un gran sillón, con los brazos caídos, las piernas estiradas y flojas, la cabeza totalmente blanca, inundado por esa gran ola de barba y cabellos plateados que le conferían el aspecto de un Padre eterno o de un Flavio de Ovidio.

Hablaba lentamente, con cierta pereza que daba encanto a las frases y cierto titubeo de la lengua algo trabada, que subrayaba la exactitud colorida de las palabras. Su mirada clara, amplia y abierta reflejaba, como la mirada de un niño, todas las emociones de su pensamiento.

Nos contó lo siguiente:

Siendo joven, se hallaba cazando en un bosque de Rusia. Había caminado durante todo el día y llegó, hacia el final de la tarde, a la orilla de un río tranquilo.

Corría bajo los árboles, entre los árboles, lleno de hierbas flotantes, profundo, frío y límpido.

Un deseo imperioso acometió al cazador de lanzarse en aquellas aguas transparentes. Se desnudó y se zambulló en la corriente. Era un muchacho grande y fuerte, vigoroso y arriesgado nadador.

Se dejó flotar dulcemente, con el espíritu tranquilo, rozado por las hierbas y las raíces, feliz de sentir contra su piel el deslizarse suave de las lianas.

De pronto una mano se apoyó sobre su hombro.

Se dio vuelta con una sacudida y vio a un ser aterrador que lo miraba ávidamente.

Aquello se asemejaba a una mujer o a una mona. Tenía una cara enorme, fruncida, que hacía muecas y reía. Dos cosas indescriptibles, dos mamas sin duda, flotaban delante de ella, y desmesurados cabellos, enredados, enrojecidos por el sol, rodeaban su rostro y flotaban sobre su espalda.

Turgueniev se sintió traspasado por un miedo horroroso, el miedo glacial ante las cosas sobrenaturales.

Sin reflexionar, sin pensar, sin comprender; se puso a nadar enloquecidamente hacia la orilla. Pero el monstruo nadaba más rápido aún y le tocaba el codo, la espalda, las piernas, profiriendo risitas de júbilo. El joven, loco de espanto, llegó por fin a la ribera y se precipitó a toda velocidad por entre los árboles, sin pensar siquiera en recuperar sus ropas y su fusil.

El ser aterrador lo persiguió, corriendo tan rápido como él y gruñendo siempre.

El fugitivo, ya en el límite de sus fuerzas y paralizado por el terror, iba a caer, cuando un niño que cuidaba cabras acudió, armado de un látigo; comenzó a azotar a la horrible bestia humana, que se puso a salvo profiriendo gritos de dolor y Turgueniev la vio desaparecer entre el follaje, semejante a una hembra de gorila.

Era una loca, que hacía más de treinta años vivía en aquel bosque de la caridad de los pastores, y que pasaba la mitad del tiempo nadando en el río.

El gran escritor ruso agregó:

—Nunca sentí tanto miedo en mi vida, pues no me había dado cuenta de lo que podía ser ese monstruo.

Mi compañero, a quien había relatado esta aventura, retomó la palabra:

—Sí, no tememos sino a lo que no comprendemos. No experimentamos, realmente, la atroz convulsión del alma, llamada espanto, sino cuando se entremezcla con el miedo algo del terror supersticioso de los siglos pasados. Yo sentí

ese espanto, en todo su horror, y fue por algo tan sencillo, tan tonto, que apenas me animo a decirlo.

Viajaba por Bretagne, solo y a pie. Había recorrido el Finisterre, las desoladas landas, las tierras desnudas donde solo crece la aulaga, y pasado junto a las sagradas piedras, las piedras encantadas. En la víspera, había visitado la siniestra punta de Raz, ese extremo del viejo mundo, donde se chocan eternamente dos océanos: el Atlántico y La Mancha; tenía el espíritu repleto de leyendas, de historias que había leído o me habían relatado respecto a esa tierra de creencias y supersticiones.

Y me dirigía de Penmarch a Pont l'Abbé, de noche. ¿Conoce Penmarch? Una ría llana, muy llana, muy baja, más baja que el océano, según creo. Aparece por todos lados, amenazante y gris, ese mar lleno de escollos babeantes como bestias furiosas.

Había cenado en una taberna de pescadores y marchaba, ahora, sobre el camino recto, situado entre dos landas. Estaba muy oscuro.

De cuando en cuando, una piedra druídica, semejante a un fantasma erguido, parecía observarme al pasar y, poco a poco, una aprensión vaga se apoderó de mí ¿por qué razón? No lo sabía. Era una de esas noches en las que uno cree estar rodeado por espíritus y en las que el alma se estremece sin razón o el corazón late por ese temor confuso ante ese algo invisible que yo añoro.

Se me hacía largo aquel camino, largo e infinitamente vacío.

No había más sonidos que el rugido de las olas, a lo lejos, detrás de mí, y a veces, el ruido monótono y amenazador me parecía muy cercano, tanto, que lo creía tras mis talones, corriendo por la planicie con su cabecera de espuma, y sentía deseos de huir, de escapar de él con todas mis piernas.

El viento, un viento bajo que soplaba en ráfagas, hacía silbar las aulagas a mi alrededor y, por más que caminaba muy rápido, sentía frío en los brazos y piernas; un desagradable frío angustiante.

¡Ah! ¡Cuánto habría deseado encontrarme con alguien!

Al presente, estaba tan oscuro que apenas distinguía el camino.

Y de repente, escuché delante de mí, muy lejos, un ruido de ruedas. Pensé: «Mira, un coche». Luego, no escuché más nada.

Al cabo de un minuto, percibí claramente, el mismo ruido, más cercano.

No obstante, no veía ninguna luz; pero me dije: «No tienen farol. ¿Qué tiene eso de extraño en este lugar salvaje?».

El ruido volvió a detenerse, luego se reinició. Era demasiado agudo para que se tratase de un carruaje, y, por otra parte, no escuchaba el trote del caballo, lo cual me sorprendió, pues la noche era calma.

Me preguntaba: «¿Qué será eso?».

¡Se aproximaba velozmente, muy velozmente! En realidad, no oía más que una rueda –ningún resonar de hierro o de pasos– nada. ¿Qué era aquello?

Se hallaba muy cerca, muy cerca; con un instintivo movimiento de miedo, me arrojé en una zanja y vi pasar junto a mí una carretilla que corría, sola, nadie la empujaba. Sí... una carretilla... sola...

Mi corazón se puso a saltar con tal violencia que me extendí sobre la hierba y escuché el rodar de la rueda que se alejaba, dirigiéndose hacia el mar. Y no osé levantarme, ni caminar, ni hacer movimiento alguno; pues si regresase, si me persiguiese, habría muerto de terror.

Me llevó largo rato recuperarme, muy largo rato. E hice el resto del camino en tal estado de angustia que el menor ruido me dejaba sin aliento.

¿Dirá que fue una tontería? ¡Pero, qué miedo! Y, más tarde, reflexionando, comprendí; un niño descalzo era, sin duda, quien llevaba esa carretilla; y yo, ¡había buscado la cabeza de un hombre a la altura habitual!

Compréndalo... Cuando uno ya tiene el espíritu estremecido por lo sobrenatural... una carretilla que corre... completamente sola... ¡Qué miedo!

Quedó callado durante un segundo, luego prosiguió:

–Vea, señor, estamos ante un espectáculo raro y terrible: ¡esta epidemia de cólera! Usted huele el fenol, quiere decir que estos vagones están envenenados, que anda por ahí.

Hay que ver lo que es Toulon en este momento. Vaya usted, se siente claramente que allí está Él. Y no es el miedo a una enfermedad lo que hace perder la razón a aquella gente. El cólera es diferente, es lo Invisible, es una oleada del pasado, de los tiempos pretéritos, una especie de Espíritu maligno que regresa y nos desconcierta a la vez que nos espanta, pues da la impresión de pertenecer a épocas fenecidas.

Los médicos me hacen reír con su microbio. No es un insecto lo que aterroriza a los hombres al punto de hacerles arrojar por las ventanas; es el cólera, el ente inexplicable y terrible llegado desde las profundidades del Oriente.

Atraviese Toulon: bailan en las calles. ¿Por qué bailar en estos días de muerte? Quemar fuegos artificiales en los campos alrededor de la ciudad; encienden hogueras festivas; las orquestas tocan alegres aires en todos los paseos públicos.

Es que allí está, y se le desafía, no al microbio, sino al cólera; quieren mostrarse temerarios ante él, como delante de un enemigo oculto que nos atisba. Es por él que se baila, que se ríe, que se grita, que se encienden esas hogueras, que se tocan esos valsos, por él, el Espíritu que mata y al que presienten allí, por todas partes, invisible, amenazador, como uno de esos antiguos genios del mal a los que conjuraban los sacerdotes bárbaros...

(25 de julio de 1884)

El regreso

El mar azota la costa con su oleaje corto y monótono. Pequeñas nubes blancas pasan velozmente a través del gran cielo azul, llevadas por el fuerte viento, como pájaros; y el villorio, en la hendidura del pequeño valle que desciende hacia el océano, se calienta al sol.

Bien a la entrada, la casa de los Martin-Lévesque, sola, al costado del camino. Es una pequeña vivienda de pescadores, con paredes de arcilla y techo de paja adornada de iris azules. Un jardín del tamaño de un pañuelo, en el cual crecen cebollas, algunas coles, perejil, repollo, se extiende ante la puerta. Un seto lo cierra a lo largo del camino.

El hombre ha ido de pesca y la mujer en el frente de la vivienda repara las redes, de grueso cordel castaño, extendidas sobre el muro como una inmensa tela de araña. A la entrada del jardín, una jovencita de catorce años, sentada en una silla de paja, echada hacia atrás y con la espalda apoyada contra el cerco, remienda ropa blanca, ropa blanca de pobres, ya zurcida y vuelta a zurcir. Otra chica, un año menor, acuna en sus brazos a un niño muy pequeño que aún no habla ni se expresa y dos chiquillos, de dos o tres años, con el trasero en el suelo, frente a frente, escarban en la tierra con sus manos torpes y se arrojan puñados de tierra en la cara.

Nadie habla. Solo el pequeño, al que tratan de dormir, llora continuamente, con vocecilla agria y débil. Un gato duerme sobre la ventana y, junto a la pared, los alhelíos abiertos forman un hermoso reborde de flores blancas sobre el cual bordonea una multitud de moscas.

Repentinamente la jovencita que cose cerca de la entrada llama:

—¡Mamá!

La madre contesta:

—¿Qué quieres?

—Ahí está, otra vez.

Desde la mañana están intranquilas, pues un hombre ronda en torno a la casa; un viejo de aspecto pobre. Lo vieron cuando acompañaban al padre hasta su barca para hacerse a la mar. Estaba sentado sobre la cuneta, frente a la puerta. Luego, cuando regresaron de la playa, lo habían vuelto a encontrar allí, mirando la casa.

Parecía enfermo y muy miserable. No se había movido durante más de una hora; después, comprendiendo que se lo consideraba como un indeseable, se había levantado y partido arrastrando una pierna.

Pero pronto lo habían visto volver con su paso lento y fatigado; y estaba todavía sentado, algo más lejos esta vez, como para atisbarlas.

La madre y las jovencitas tenían miedo. Sobre todo, la madre se inquietaba, pues era de naturaleza aprensiva y su marido, Lévesque, no regresaría del mar hasta caer la noche.

Su esposo se llamaba Lévesque; a ella le decían Martin y los habían bautizado los Martin-Lévesque. Veamos por qué: ella se había casado en primeras nupcias con un marinero de apellido Martin, que viajaba todos los veranos a Terranova para la pesca del bacalao.

A los dos años de matrimonio tenía de él una pequeña y estaba embarazada de seis meses cuando el navío que llevaba a su marido, el *Dos Hermanas*, un barco de tres mástiles de Dieppe, desapareció.

Nunca más se tuvo noticias; ninguno de los marinos que viajaban en él regresó. Por lo tanto, fue considerado como desaparecido definitivamente.

La Martin aguardó a su hombre durante diez años, educando penosamente a sus dos hijas; luego, como era una buena y valiente mujer, un pescador de la región, Lévesque, viudo con un hijo, le propuso matrimonio. Se casó con él y tuvo dos niños más en tres años.

Vivían con dificultad, laboriosamente. El pan era caro y la carne casi desconocida en la casa. A veces se endeudaban

con el panadero, en invierno, durante los meses de borrasca. Sin embargo, los pequeños eran sanos. Todos decían:

—Son gente fuerte los Martin-Lévesque. La Martin es dura hasta el sacrificio y Lévesque no tiene igual en la pesca.

La jovencita sentada contra el cerco, repitió:

—Se diría que nos conoce. Puede ser algún pordiosero de Epreville o de Auzebosc^(*).

Pero la madre no se llamaba a engaño. ¡No, no, no se trataba de nadie de la región, con toda seguridad!

Como permanecía allí, quieto como una estaca, y fijaba sus ojos obstinadamente sobre la vivienda de los Martin-Lévesque, la Martin se puso furiosa y, sacando coraje de su miedo, tomó un palo y salió a la puerta.

—¿Qué hace allí? —le gritó al vagabundo.

Él contestó con voz ronca:

—¡Pues, tomo el fresco! ¿La molesto?

Ella insistió:

—¿Por qué está ahí, casi como espiando delante de mi casa?

El hombre replicó:

—No le hago mal a nadie. ¿No está permitido sentarse en el camino?

Sin saber qué responder, ella volvió a entrar.

El día transcurrió lentamente. Hacia mediodía el hombre desapareció. Pero volvió a pasar a eso de las cinco. No se le volvió a ver durante la tarde.

Lévesque regresó ya entrada la noche. Se le contó el asunto. Él aventuró:

—Debe ser algún mirón o algún malicioso.

Y se fue a acostar sin preocuparse, mientras su compañera soñaba con aquel vagabundo que la había mirado con ojos tan raros.

Cuando llegó el día, había fuerte viento y el marinero, viendo que no podría embarcar, ayudó a su mujer a reparar sus redes.

(*) Pequeños pueblos costeros del norte de Francia, distrito de El Havre.

Aproximadamente a las nueve, la hija mayor, una Martin, que había ido a comprar pan, regresó corriendo con el semblante aterrado, y exclamó:

—¡Mamá, ahí está otra vez!

La madre se estremeció y, totalmente pálida, le dijo a su hombre:

—Ve a hablar con él, Lévesque, para que no nos moleste más así, porque esto me ataca los nervios.

Y Lévesque, un marino grande de tez color ladrillo, con barba tupida y roja, los ojos azules traspasados por un punto negro, fuerte cuello, que vestía siempre con ropa de lana como precaución contra el frío y la lluvia en alta mar, salió tranquilamente y se aproximó al merodeador.

Y se pusieron a conversar.

La madre y los hijos los observaban desde lejos, ansiosos y trémulos.

De pronto, el desconocido se puso de pie y se encaminó, con Lévesque, hacia la casa.

La Martin, espantada, retrocedió. Su marido le dijo:

—Dale un pedazo de pan y un vaso de sidra. No ha echado nada al buche desde anteayer.

Ambos penetraron en la vivienda, seguidos de la mujer y los hijos. El vagabundo tomó asiento y se puso a comer con la cabeza gacha; todos lo miraban.

La madre, de pie, lo miraba de arriba a abajo; las dos hijas mayores, las Martin, pegadas a la puerta, una con el niño menor en brazos, clavaban en él sus ojos ávidos, y los dos chiquillos, sentados sobre las cenizas de la chimenea, habían dejado de jugar con el caldero negro, como para contemplar también a aquel forastero.

Lévesque tomó una silla y le preguntó:

—¿Así que viene de lejos?

—Vengo de Ceuta.

—¿Así no más... caminando?

—Sí, caminando. Cuando uno no tiene recursos, no hay más remedio.

—¿Y adónde es que va?

—Venía para aquí.

—¿Conoce a alguien?

—Puede ser.

Callaron. Comía con lentitud, pese a estar hambriento, y bebía un sorbo de sidra tras cada bocado de pan. Su cara se veía gastada, arrugada, cuarteada por todas partes; parecía haber sufrido mucho. Bruscamente, Lévesque, le preguntó:

—¿Cómo se llama, usted?

Contestó sin levantar la cara:

—Me llamo Martín.

Un extraño escalofrío recorrió a la madre. Dio un paso, como para mirar más de cerca al vagabundo y se quedó frente a él, los brazos caídos, la boca abierta. Nadie decía nada. Por fin, Lévesque volvió a hablar:

—¿Es usted de aquí?

Respondió:

—Soy de aquí.

Y al levantar, por último, la cabeza, los ojos de la mujer y los suyos se encontraron y permanecieron fijos, confundidos, como si las miradas hubiesen quedado enganchadas.

Y ella formuló de pronto, con una voz diferente, baja, temblorosa:

—¿Eres tú, mi marido?

Él articuló lentamente:

—Sí, yo.

Sin cambiar de posición, siguió masticando su pan.

Lévesque, más sorprendido que emocionado, balbuceó:

—¿Tú eres Martín?

El otro dijo simplemente:

—Sí, lo soy.

Y el segundo marido, inquirió:

—Y ahora, ¿de dónde vienes?

El primero contó:

—De la costa de África. Encallamos contra un banco. Nos salvamos tres, Picard, Vatinel y yo. Después fuimos hechos prisioneros por los salvajes que nos mantuvieron doce años.

Picard y Vatinel murieron. Fue un viajero inglés el que me recogió y me llevó de regreso a Ceuta, y aquí estoy.

La Martin se había echado a llorar con el rostro escondido en el delantal.

Lévesque articuló:

—¿Y qué vamos a hacer, ahora?

Martin preguntó:

—¿Tú eres su marido?

Lévesque respondió:

—¡Sí, soy...!

Se miraron y quedaron callados.

Entonces, Martin, contemplando a los niños que formaban círculo en torno a él, señaló con la cabeza a las dos jóvenes.

—¿Son las mías?

Lévesque dijo:

—Son las tuyas.

No se levantó, no las besó, simplemente señaló:

—¡Mi Dios, qué grandes están!

Lévesque repitió:

—¿Qué vamos a hacer?

Martin, perplejo, tampoco sabía casi qué hacer. Por fin, se decidió:

—Yo haré lo que tú desees. No quiero hacerte daño. Pero así y todo es complicado, sobre todo lo de la casa. Dos hijas son mías, tres son tuyos, cada cual los suyos. La madre ¿es tuya o es mía? Consentiré con lo que te plazca; pero la casa es mía, puesto que mi padre me la dejó, que nací en ella y que sus papeles están en lo del notario.

La Martin seguía llorando, con breves sollozos que ocultaba tras la tela azul del delantal. Las dos hijas mayores se habían aproximado y miraban a su padre con inquietud.

Él había terminado de comer. Y dijo, a su vez:

—¿Qué vamos a hacer?

Lévesque tuvo una idea:

—Hay que ir a ver al cura, él decidirá.

Martin se levantó y cuando se dirigía hacia su esposa, esta se arrojó contra su pecho, sollozando:

–¡Mi marido, aquí! ¡Martin, mi pobre Martin, tú aquí!

Lo abrazaba con todas sus fuerzas, repentinamente traspasada por un soplo de otros tiempos, por una tremenda conmoción de recuerdos que la volvían a sus veinte años y a sus primeros abrazos.

Martin, también emocionado, la besaba sobre la cofia, los dos niños, desde el hogar, rompieron a gemir juntos al ver llorar a su madre, y el recién nacido, en brazos de la segunda de la Martin, gritaba con voz aguda de flautín desafinado.

Lévesque, de pie, aguardaba:

–Vamos –dijo– hay que hacer las cosas bien.

Martin se separó de su mujer y, como mirara a sus dos hijas, la madre les dijo:

–Al menos, besen a su papá.

Se acercaron a un mismo tiempo, los ojos muy abiertos, atónitas y algo temerosas. Él besó a una y luego a la otra en las mejillas con un gran besote campesino. Al ver aproximarse a aquel desconocido, el pequeñito profirió grititos tan penetrantes que estuvo a punto de ahogarse.

Después, los dos hombres salieron juntos.

Al pasar frente al café del Comercio, Lévesque preguntó:

–¿Y si tomáramos una copa?

–Por mí, claro que sí –contestó Martin.

Entraron, y se sentaron en el salón aún vacío.

–¡Eh! Chicot, dos aguardientes, de la buena; este es Martin que volvió, Martin aquel de mi mujer, te acuerdas, Martin el del *Dos Hermanas* que se había perdido.

Y el tabernero se acercó con tres vasos en una mano, una gran jarra en la otra, sanguíneo, con su vientre prominente, hinchado de grasa, y preguntó con aire tranquilo:

–¡Qué te parece! ¿Así que aquí estás, Martin?

Martin respondió:

–Aquí estoy...

(28 de julio de 1884)



El barco encallado

Fue ayer, 31 de diciembre.

Acababa de almorzar con mi viejo amigo Georges Garin. El doméstico le trajo una carta cubierta de matasellos y timbres extranjeros.

Georges me dijo:

–¿Me permites?

–Por cierto.

Y se puso a leer ocho páginas en caligrafía inglesa grande, atravesada en todas direcciones. Las leía lentamente, con seria atención, con ese interés que ponemos en las cosas que nos llegan al corazón.

Finalmente, dejó la carta sobre un rincón de la chimenea y dijo:

–Mira, aquí tienes una historia rara que nunca te había contado ¡una historia sentimental y que, sin embargo, me ocurrió! ¡Ah! Ese fue un singular día de fin de año. De esto hace veinte años... porque tenía treinta y ahora tengo cincuenta.

Era, en ese entonces, inspector de la Compañía de Seguros marítimos que actualmente dirijo. Me disponía a pasar en París la fiesta de Año Nuevo, ya que existe la costumbre de hacer de ese un día de fiesta, cuando recibí una carta del director dándome la orden de partir inmediatamente hacia la isla de Ré, donde acababa de encallar un tres mástiles de Saint-Nazaire, que estaba asegurado por nosotros. Eran, en ese momento, las ocho de la mañana. Llegué a la Compañía a las diez para recibir instrucciones y, esa misma noche, tomé el expreso que por la mañana del 31 de diciembre me dejó en La Rochelle.

Disponía de dos horas antes de embarcar en la nave que iba a Re, el *Jeán-Guiton*. Hice una recorrida por la ciudad. La Rochelle es, realmente, una ciudad peculiar y de gran carácter,

con sus calles entremezcladas como un laberinto, cuyas aceras corren debajo de interminables galerías, galerías con arcadas, como las de la calle Rivoli, pero bajas; galerías y arcadas pesadas, misteriosas, que parecen haber sido construidas y conservadas como una decoración para conspiradores, el antiguo y sobrecogedor telón de fondo de las guerras de antaño, guerras de religión heroicas y salvajes. Es la vieja ciudadela hugonote, grave, discreta, sin ninguno de esos admirables monumentos que hacen a Rouen tan magnífica, pero notable por toda su fisonomía severa, y recóndita además, un bastión de batalladores obstinados, cuna de fanatismos, la ciudad en la que fue exaltada la fe calvinista y donde nació el complot de los cuatro sargentos.

Luego de errar durante algún tiempo por esas calles singulares, subí a un pequeño barco de vapor, negro y panzudo, que debía llevarme hasta la isla de Ré. Partió resoplando, con aspecto enojado, pasó entre las dos antiguas torres que guardan el puerto, atravesó la rada, dejó atrás el dique construido por Richelieu, cuyas enormes rocas se ven a flor de agua, rodeando la ciudad como un collar inmenso; después viró hacia la derecha.

Era uno de esos días tristes que oprimen, aplastan la mente, aprietan el corazón, extinguen en nosotros toda fuerza y toda energía; un día gris, glacial, ensuciado por una pesada bruma húmeda como la lluvia, fría como el hielo, inmunda de respirar como un vaho de cloaca.

Bajo aquel plafón de niebla baja y siniestra, el mar amarillento, el mar poco profundo y arenoso de aquellas playas interminables, se mantenía sin una arruga, sin un movimiento, sin vida, un mar de agua turbia, grasienta, estancada. El *Jean-Guiton* iba sobre él balanceándose un poco, por costumbre, surcando esa masa opaca y lisa y dejando tras de sí algunas olas, algunos chapoteos, algunas ondulaciones que se calmaban enseguida.

Me puse a charlar con el capitán, un hombre pequeño, casi sin piernas, muy redondo, como su barco, y que se balanceaba como él. Yo quería saber algunos detalles del siniestro que iba

a inspeccionar. Un gran tres mástiles, empadronado en Saint-Nazaire, el *Marie-Joseph*, había encallado, en una noche de huracán, en las arenas de la isla de Ré.

La tempestad había arrojado tan lejos al buque, escribía el armador, que había sido imposible reflotarlo y había sido necesario sacar, con la mayor premura, todo lo que pudo ser extraído. Por lo tanto, yo debía constatar la situación del barco abandonado, estimar cuál debía ser su estado antes del naufragio, juzgar si se habían intentado todos los recursos para reflotarlo. Venía como agente de la Compañía para servir como testigo de cargo en el juicio, si era necesario.

Al recibir mi informe, el director debía tomar las medidas que estimase convenientes para salvaguardar nuestros intereses.

El capitán del *Jean-Guiton* estaba perfectamente al tanto del asunto, pues le habían llamado para tomar parte, con su navío, en las tentativas de salvataje.

Me relató el siniestro, muy simple, por otra parte. El *Marie-Joseph*, impulsado por una ráfaga de viento furioso, perdido en la noche, navegando sin rumbo en un mar de espuma —«un mar de sopa de leche», decía el capitán— había encallado en esos inmensos bancos de arena que transforman las costas de esa región en infinitos Saharas a la hora de la marea baja.

Mientras conversábamos, miraba a mi alrededor y hacia adelante. Entre el océano y el pesado cielo quedaba un espacio libre por el cual la vista llegaba lejos. Bordeábamos una costa. Pregunté:

—¿Es la isla de Ré?

—Sí, señor.

Y, de pronto, el capitán, extendiendo su mano derecha ante nosotros, me mostró, en pleno mar, algo casi imperceptible y me dijo:

—Mire, allá está su navío.

—¿El *Marie-Joseph*?

—Sí, claro.

Quedé estupefacto. Aquel punto negro, casi invisible, que yo hubiese creído un escollo, me parecía situado, por lo menos, a tres kilómetros de la costa.

Volví a hablar:

—Pero, capitán, deben haber cien brazas de profundidad en el lugar que usted señala.

Se echó a reír.

—¡Cien brazas, mi amigo!... ¡Ni dos brazas, le digo!...

Era de Burdeos. Prosiguió:

—Estamos con marea alta; son las nueve horas cuarenta minutos. Después de almorzar en el hotel Dauphin, vaya por la playa, con las manos en los bolsillos, y le aseguro que a las dos y cincuenta o, cuando mucho, a las tres, llegará al barco encallado, caminando en seco, mi amigo, y dispondrá, digamos, de una hora y tres cuartos a dos horas para quedarse, no más; o quedaría atrapado. Cuanto más el mar se aleja, más rápido vuelve. ¡Es una porquería de llana, esta costa! Vuelva a ponerse en marcha a las cuatro y cincuenta, créame; y se reembarca a las siete y media en el *Jean-Guiton* que lo llevará de regreso al muelle de La Rochelle esta misma noche.

Agradecí al capitán y fui a sentarme en la proa del barco, para contemplar la pequeña aldea de Saint-Martin, a la cual nos acercábamos rápidamente.

Se parecía a todos los puertos en miniatura que hacen las veces de capitales en todas las diminutas islas diseminadas a lo largo de los continentes. Era un importante pueblo de pescadores, con un pie en el agua y otro en la tierra, que vivía del pescado y las aves de corral, de las legumbres y las almejas, de los rábanos y los mejillones. La isla era muy baja, poco cultivada y sin embargo, parecía muy poblada; pero no penetré en su interior.

Después de almorzar, subí a un pequeño promontorio; luego, como el mar bajaba rápidamente, me encaminé, a través de la arena, hacia una especie de roca negra que distinguía por sobre el agua, lejos, lejos.

Marchaba rápidamente por aquella llanura amarilla, elástica como la carne y que parecía sudar bajo mis pies. El

mar, hacía poco estaba allí; ahora, lo veía lejos, huyendo hasta perderse de vista, y no podía distinguirse más la línea que separaba la arena del océano. Me parecía estar asistiendo a un encantamiento gigantesco y sobrenatural. Momentos antes, el Atlántico estaba delante de mí, y enseguida había desaparecido en el arenal, como los decorados en los practicables; ahora, caminaba en medio de un desierto. Solo subsistían la sensación, el aliento del agua salada. Sentía olor de algas, olor de oleaje, el olor fuerte y agradable de las costas. Caminaba rápidamente; ya no tenía frío; observaba los restos encallados, que aumentaban a medida que yo avanzaba, y ahora tenían el aspecto de una enorme ballena náufraga.

Parecía surgir del suelo y, en aquella inmensa extensión chata y amarillenta, adquiría proporciones sorprendentes. Por fin, después de una hora de marcha, llegué. Yacía sobre un costado, reventado, destrozado, dejando ver, como costillas de un monstruo, sus huesos rotos, sus huesos de madera calafateada atravesados por enormes clavos. Ya había sido invadido por la arena que entraba por todas las aberturas y lo envolvía, se apoderaba de él, para no abandonarlo jamás. Parecía haber echado raíces en ella. La proa había penetrado profundamente, en esa playa suave y pérfida, mientras que la popa, levantada, parecía lanzar al cielo, como un desesperado grito de auxilio, aquellas dos palabras blancas que se veían sobre la borda negra: *Marie-Joseph*.

Escalé aquel cadáver de navío por el lado más bajo; cuando llegué al puente, penetré en el interior. La luz del día entraba por las escotillas hundidas y por las fisuras de los flancos, iluminando tristemente esas especies de grutas largas y sombrías, repletas de maderamen destruido. Allí adentro no había más que arena, que servía de piso a ese subterráneo de tablas.

Comencé a tomar notas sobre el estado del buque. Me había sentado sobre un barril vacío y roto y escribía a la claridad de una ancha hendidura, a través de la cual podía observar la extensión ilimitada de los arenales. Un singular estremecimiento de frío y soledad me corría por la piel, de instante en

instante, y a veces dejaba de escribir, para escuchar el ruido vago y misterioso del barco abandonado; ruido de cangrejos que arañaban las bordas con sus pinzas ganchudas, ruido de mil alimañas pequeñas del mar, instaladas ya sobre ese muerto, y también el ruido dulce y regular de la taraza que roe sin pausa, con rechinar de taladro, todos los cascos antiguos, a los cuales horada y devora.

Y, de pronto, oí voces humanas muy cerca. Tuve un sobresalto como ante una aparición. Durante un segundo, creí, verdaderamente, que vería levantarse, desde el fondo de la siniestra bodega, dos ahogados para contarme sus muertes. Por cierto, no me tomó mucho tiempo trepar hasta el puente a fuerza de manotazos; y descubrí, de pie junto a la proa del navío, un gran señor con tres muchachas, o mejor dicho, un gran inglés con tres *misses*. Con toda seguridad, ellos sintieron aún más miedo que yo al ver surgir a ese ser veloz sobre el tres mástiles abandonado. La menor de las jovencitas se escondió; las otras dos se aferraron a los brazos del padre; y en cuanto a él, había abierto la boca, ese fue el único signo que traslucía su emoción.

Luego de algunos segundos, habló:

—Ouh... señor, ¿osté estaba la dueño de este barco?

—Sí, señor.

—¿Pueda yo visitarlo?

—Sí, señor.

Pronunció, entonces, una extensa frase en inglés de la cual comprendí, solamente, esta palabra: *gracious*, repetida varias veces.

Mientras buscaba un lugar para trepar, le indiqué el mejor y le tendí mi mano. Subió, luego ayudamos a las tres muchachitas, ya tranquilizadas. Eran encantadoras, sobre todo la mayor, una rubiecita de dieciocho años, fresca como una flor y ¡tan fina, tan bonita! Realmente las inglesas lindas tienen el aspecto de tiernos frutos del mar. Y se podía pensar que aquella acababa de surgir de la arena y que sus cabellos conservaban aún el matiz. Recuerdan, con su frescura exquisita, a los delicados colores de las conchillas rosadas y de las perlas

nacaradas, raras, misteriosas, nacidas en las profundidades ignotas de los océanos.

Hablaba algo mejor que su padre y nos sirvió de intérprete. Hubo que contar el naufragio hasta en sus menores detalles, los cuales inventé, como si hubiera asistido a la catástrofe. Luego, toda la familia descendió dentro de los restos. No bien hubieron penetrado en aquella sombría galería, apenas iluminada, profirieron exclamaciones de asombro y admiración; y, súbitamente, el padre y las tres hijas echaron mano a álbumes escondidos, sin duda, bajo sus grandes ropas impermeables y comenzaron, a un mismo tiempo, cuatro dibujos a lápiz de ese lugar triste y extraño.

Se habían sentado, muy juntos, en una viga saliente, y los cuatro álbumes, sobre las ocho rodillas, se iban cubriendo de pequeños trazos negros que debían representar el vientre entreabierto del *Mari-Joseph*.

Mientras trabajaba, la mayor de las muchachas conversaba conmigo, que proseguía inspeccionando el esqueleto del buque.

Supe que pasaban el invierno en Biarritz y que habían venido expresamente a la isla de Ré para contemplar el tres mástiles hundido. Aquella gente no demostraba, en absoluto, la flemma inglesa; eran simples y entusiastas chiflados, de esa especie de eternos errabundos que Inglaterra desparrama por el orbe. El padre, alto, seco, con el sonrosado rostro enmarcado por blancas patillas, auténtico sandwich viviente, lonja de jamón cortada en forma de cabeza humana entre dos colchones de pelos; las hijas, estiradas sobre sus piernas, como zancudas en crecimiento, también secas, salvo la mayor, y amables las tres, pero especialmente la más grande.

Tenía una forma tan graciosa de hablar, de explicar, de reír, de entender y no entender, de levantar sus ojos para interrogarme, ojos azules como el agua profunda, de dejar de dibujar para pensar, de volver al trabajo y de decir «yes» o «not», que me habría quedado indefinidamente escuchándola y mirándola.

De repente, murmuró:

—He sentido una pequeña movimiento en este barco.

Presté atención, y casi enseguida percibí también un ruido ligero, peculiar, continuo. ¿Qué sería? Me levanté para ir a mirar por la hendidura y lancé un grito violento. ¡El mar había vuelto e iba a rodearnos!

Inmediatamente nos precipitamos al puente. Era demasiado tarde. El agua nos cercaba y corría hacia la costa a prodigiosa velocidad. No, no corría, se deslizaba, trepaba, se extendía como una mancha desmesurada. Apenas unos centímetros de agua cubrían la arena, pero ya no se divisaba la línea huidiza de la imperceptible marea.

El inglés quiso arrojararse; lo retuve; la huida era imposible en razón de las profundas lagunas que debimos bordear al venir y en las que nos hundiríamos al regresar.

Hubo, en nuestros corazones, un minuto de terrible angustia. Luego, la inglesita, empezó a sonreír y murmuró:

—¡Estuvimos nusotros las náufragos!

Quise reír, pero el miedo me lo impidió, un miedo cobarde, horrible, bajo y disimulado como aquella ola. Todos los peligros que corríamos se me aparecieron al mismo tiempo. Tenía ganas de gritar: «¡Socorro!», pero ¿a quién?

Las dos inglesas menores se habían acurrucado contra su padre, que miraba con ojos consternados el mar desmesurado en torno a nosotros.

Y la noche caía tan rápidamente como el océano subía, una noche pesada, húmeda, helada.

Dije:

—No hay más remedio que permanecer sobre este barco.

El inglés, respondió:

—¡Oh! ¡yes!

Y allí nos quedamos un cuarto de hora, media hora, no sé realmente cuánto tiempo, mirando a nuestro alrededor esa agua amarillenta que se hacía más densa, giraba, parecía hervir, parecía jugar sobre el inmenso arenal reconquistado.

Una de las jovencitas sintió frío y se nos ocurrió volver a bajar, para ponemos a resguardo de la brisa suave, pero helada, que nos castigaba y picaba en la piel.

Me incliné sobre la escotilla. El navío estaba lleno de agua. Debimos, pues, acurrucarnos contra la borda trasera, que nos guarecía un poco.

Ahora, las tinieblas nos envolvían y nos manteníamos apretados unos contra otros, rodeados por el agua y la oscuridad. Sentía temblar, contra mi hombro, el hombro de la inglesita, cuyos dientes castañeteaban a cada rato; pero también sentía el dulce calor de su cuerpo a través de la tela y ese calor me resultaba delicioso como un beso. Ya no hablábamos; permanecíamos inmóviles, mudos, agrupados como animales en una zanja durante una tormenta. No obstante, pese a todo, pese a la noche, pese al terrible peligro creciente, comenzaba a sentirme feliz de encontrarme allí, feliz con el frío y el riesgo, feliz por las largas horas de angustia y de oscuridad que pasaría en aquella planchada, tan cerca de esa hermosa y atractiva muchacha.

Me preguntaba el porqué de esa extraña sensación de bienestar y de alegría que me penetraba.

¿Por qué? ¿Quién sabe? ¿Porque ella se encontraba allí? ¿Y quién era ella? ¿Una inglesita desconocida? No la amaba, ni la conocía en absoluto ¡y me sentía enternecido, conquistado! Habría querido salvarla, sacrificarme por ella, arriesgar mil locuras. ¡Extraña cosa! ¡Cómo es posible que la presencia de una mujer nos trastorne así! ¿Será el poder de su gracia que nos envuelve? ¿La seducción de la belleza y de la juventud que nos perturba como el vino?

¿No será, más bien, una especie de toque del amor, del misterioso amor que procura, sin pausa, unir a los seres, que muestra su potencia no bien ha reunido, cara a cara, al hombre y a la mujer y les penetra de emoción, de una emoción confusa, secreta, profunda, como cuando se riega la tierra para hacer brotar las flores?

Pero el silencio de las tinieblas se hacía horrible, el silencio del cielo, porque a nuestro alrededor oíamos un confuso zumbido suave, infinito, el sordo rumor del mar que crecía y el monótono chapotear de la corriente contra el barco.

De pronto, escuché sollozos. La menor de las inglesas lloraba. Entonces, su padre trató de consolarla y se pusieron a hablar en su idioma, que yo no entendía. Adivinaba que él la tranquilizaba y que ella seguía con miedo.

Pregunté a mi vecina:

—¿No tiene demasiado frío, *Miss*?

—¡Oh! sí. Yo tener mucho frío.

Quise darle mi chaqueta, ella rehusó; pero ya me la había quitado y la cubrí, a su pesar. En el breve forcejeo, choqué con su mano y sentí un delicioso estremecimiento en todo el cuerpo.

Después de algunos minutos, el aire se hizo más fuerte, el chapoteo del agua contra el casco del buque más intenso. Me enderecé; un gran sople me azotó el rostro.

¡Se levantaba viento!

El inglés se dio cuenta al mismo tiempo que yo y dijo, simplemente:

—Es malo para nosotros ese...

Sin duda, era malo; era la muerte inevitable si las olas, aun las más débiles, comenzaban a embestir y a sacudir el barco encallado, tan roto y desarmado que la primera ola un poco ruda le haría papilla.

Nuestra angustia crecía de segundo en segundo con las ráfagas más y más fuertes. Ahora, el mar empezaba a agitarse y yo veía, en las tinieblas, líneas blancas que aparecían y desaparecían, líneas de espuma, mientras cada ola que chocaba contra la caparazón del *Marie-Joseph*, lo conmovía con un fuerte estremecimiento que nos subía hasta el corazón.

La inglesa temblaba; la sentía estremecerse contra mí y tenía unos deseos locos de tomarla en mis brazos.

A lo lejos, delante de nosotros, a la izquierda, a la derecha, por detrás, brillaban los faros de las costas, faros blancos, amarillos, rojos, que giraban como ojos enormes, como ojos de gigantes que nos miraban, nos vigilaban, aguardando ávidamente nuestra desaparición. Uno de ellos me irritaba especialmente. Se apagaba cada treinta segundos para volver a

encenderse de inmediato; ese sí que era un ojo, con su párpado que bajaba sin cesar sobre su mirar de fuego.

De cuando en cuando, el inglés encendía una cerilla para mirar la hora; luego, volvía a guardar su reloj en su bolsillo. De repente, me dijo, por sobre la cabeza de sus hijas, con solemne gravedad:

–Síñó, le deseo una feliz año nuevo.

Era medianoche. Le tendí mi mano, la cual estrechó; luego, dijo una frase en inglés y, súbitamente, las hijas y él se pusieron a cantar el *God save the Queen*,^(*) que subió en el aire negro, en el aire mudo, y se desvaneció a través del espacio.

Al principio, sentí deseos de reír; luego, fui presa de una emoción poderosa y extraña.

Era algo siniestro y soberbio, ese canto de náufragos, de condenados, algo así como una oración y también algo más grande, comparable al antiguo y sublime *Ave, Cesar, morituri te salutan*^(**).

Cuando terminaron, pedí a mi vecina que cantara ella sola una balada, una fábula, lo que quisiese, para hacernos olvidar nuestras angustias. Aceptó e inmediatamente su voz clara y juvenil voló en la noche. Cantaba algo triste, sin duda, pues las notas se arrastraban con largueza, surgían lentamente de su boca y revoloteaban como pájaros heridos sobre las olas.

El mar crecía y ahora golpeaba contra el barco. Yo no pensaba más que en esa voz. Y recordaba también a las sirenas. Si un buque hubiese pasado cerca de nosotros ¿qué habrían dicho los marineros? ¡Mi espíritu atormentado se extraviaba en ensueños! ¡Una sirena! ¿No era en realidad una sirena esta muchacha del mar, que me había aprisionado sobre aquel navío carcomido y que, muy pronto, se hundiría conmigo en las olas?

Pero, bruscamente, los cinco rodamos por el puente, pues el *Marie-Joseph* se había volcado sobre su flanco derecho. La inglesa había caído sobre mí, la había tomado en mis brazos

(*) «Dios salve a la reina», himno nacional británico.

(**) «Salud, César, los que van a morir te saludan», saludo romano que hacían los gladiadores en el circo, frente al emperador, antes de comenzar la lucha.

y locamente, sin saber, sin comprender, creyendo llegada mi última hora, besé con toda mi boca su mejilla, su sien y sus cabellos. El barco no se movió más, tampoco nosotros.

El padre dijo:

—¡Kate!

La que estaba entre mis brazos respondió «yes» e hizo un movimiento para desasirse. Por cierto, en ese instante hubiera deseado que el buque se partiera en dos y así caer al agua con ella.

El inglés prosiguió.

—Una pequeña balanceo; no estuvo nada. Tengo a mis tres hijas buenas.

Al no ver a la mayor, ¡por un momento la había creído perdida!

Me volví a poner de pie, lentamente y, de pronto, divisé una luz en el mar, muy cerca de nosotros. Grité; respondieron. Era una barca que nos buscaba; el patrón del hotel había previsto nuestra imprudencia.

Estábamos a salvo. ¡Me sentía desolado! Una balsa nos recogió y nos llevaron a Saint-Martin.

Ahora, el inglés se frotaba las manos y murmuraba:

—¡Buena comida! ¡Buena comida!

Comimos, en efecto. Yo no estaba alegre, añoraba el *Marie-Joseph*. Debimos separarnos a la mañana siguiente, luego de muchos abrazos y promesas de escribirnos. Partieron hacia Biarritz. Poco faltó para que les siguiese.

Había perdido la cabeza; estuve a punto de pedir en matrimonio a esa muchacha. Por cierto, si hubiéramos pasado ocho días juntos ¡me habría casado! ¡Cuán incomprensible y débil es a veces el hombre!

Transcurrieron dos años sin que oyese hablar de ellos; luego, recibí una carta desde New York. Se había casado y me lo anunciaba. Y desde entonces, nos escribimos todos los años, cada primero de enero. Ella me cuenta su vida, me habla de sus hijos, de sus hermanas ¡nunca de su marido! ¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué? Y yo, solo le hablo del *Marie-Joseph*... Quizá, sea la única mujer que he amado... no... que habría amado... ¡Y...

vaya uno a saber!... Los acontecimientos nos van llevando... y luego, luego, todo pasa. Debe ser vieja, actualmente... no la reconocería. ¡Ah! aquella de otros tiempos... la del barco abandonado... ¡qué criatura divina!... Me escribe que sus cabellos están completamente blancos... ¡Dios mío!... me da una terrible pena. ¡Ah, sus cabellos rubios!... No, la mía ya no existe... ¡Qué triste es todo!

(19 de enero de 1886)



Índice

Prólogo	7
Bola de sebo	15
Una excursión al campo	59
La madre salvaje	73
El miedo	81
El regreso	89
El barco encallado.....	97

